

San José, Costa Rica 1926 Sábado 27 de Noviembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Presente y Porvenir de Centro América*, por J. Joaquín Alfaro.—*El problema de la América hispana*, por Luis de Mendoza.—*El camino de los dioses*.—*Anfora alejandrina*, por Edmundo Velásquez.—*Historia Nueva*.—*Bibliografía titular*.—*Los tres enamorados*, por Constantín Balmont.—*Una hora con Pedro Prado*, por Raúl Silva Castro.—*Rafael Barrett*, por Ramiro de Maeztu.—*Un escritor de España que resucita en América*, por R. Blanco-Fombona.—*Señas de escritores*.—*Esto reza con las empresas periodísticas costarricenses*, por Ariel Conto.—*La creación artística y los críticos de Cervantes*, por Jaime Torres Bodet.—*La Voz de la Liga Nacional Nicaragüense*.—*En el Arca de Noé*, por Samuel Glusberg.

Presente y Porvenir de Centro América

CONCLUYÓ la guerra de Nicaragua: ya vuelve el soldado a su hogar doméstico a cambiar el fusil por el azadón, y el revólver por el arado: ya comienza a levantarse el entredicho en que yacían la agricultura y el comercio: ya, en fin, se siente por todas partes la benéfica influencia de la paz; pero ¿ese don del cielo, esa paz sacrosanta será duradera? ¡Ah! no nos alucinemos: la capitulación de Rivas no es más que una tregua en que ha convenido con los aliados el filibustero de la Sonora y Nicaragua, mientras reúne provisiones y elementos bélicos, para volver enseguida a la carga con más fuerza, y con mejores probabilidades de buen éxito.

Es hombre de una audacia sin ejemplo, tan obstinado en sus empresas y tan importante la presa, que no la abandonará sino hasta que su cabeza deje de existir sobre sus hombros o hasta que Centro América, por la unión, se haga respetable y fuerte.

Trataremos de inculcar cuál es la verdadera causa del peligro que corre nuestra independencia, y luego veremos la manera de evitarlo. Prescindamos de toda exageración y examinemos la materia en su verdadero punto de vista.

La gran república del Norte que fué colonia de una nación europea, como la nuestra lo ha sido de otra, que tiene nuestro mismo sistema de gobierno, y que por otros mil títulos pudiera interesarle nuestra suerte, y desempeñar con las otras repúblicas americanas el oficio de hermana mayor, no ha sido sino una madrastra, un verdugo para la república vecina. Sí, en su seno se forman los *meetings* para discutir sobre la mejor manera de oprimir al género humano; y luego, del país de las libertades, del país eminentemente moral y civilizado, salen hordas sin cuento de filibusteros (a vista y paciencia de las autoridades) a civilizar a

Cómo en 1857, don J. Joaquín Alfaro predijo el imperialismo yanki

He creído conveniente dar a la luz pública, como un homenaje a la memoria de mi padre, el artículo sobre Presente y Porvenir de Centro América que escrito de su puño y letra el 3 de junio de 1857 he encontrado entre los papeles que a él pertenecían.

J. M. ALFARO COOPER

los salvajes (según ellos) de la América Española; ¿pero ha de ser con la táctica militar por dialéctica, y cañonazos por razones? ¿Esto es creíble? ¿El país más libre, tal vez, que existe sobre la tierra trata de esclavizarnos; el más civilizado, de embrutecernos, y el más moral, de corrompernos? A la vista de tales inconsecuencias no podemos menos que decir: que Norteamérica, es sin duda el país de las anomalías.

Los filibusteros se aumentan cada día: en el Norte, en el Sur, y dentro de poco en el corazón mismo de nuestros países, los tendremos en abundancia, pues la gran república es muy fecunda en ladrones de pequeñas nacionalidades, que salen de ella y se precipitan sobre nuestros Estados, como una nube de langostas que todo lo devoran, o como un torrente impetuoso que amenaza con tragarlo todo y llevarlo en su corriente.

Centro América es, sin duda, el país más favorecido por la naturaleza: parece que el Hacedor del mundo, se recreaba en derramar sus dones sin medida, al formar este grande istmo entre los dos océanos; pues aquí se encuentran los climas de todos los países, y por consiguiente, las producciones de todos los climas; pudiendo decirse que no deja que desear de todo lo que sirve para el sustento, la comodidad y el regalo. Es abundante en los tres reinos, y abundantísimo en el vegetal y mineral, encontrándose multitud de minas de ricos metales y de piedras preciosas: minas que la mayor

parte están vírgenes todavía, y otras que apenas han comenzado a explotarse; PERO EN LO QUE CENTRO AMÉRICA NO TIENE RIVAL EN EL MUNDO, ES EN SU VENTAJOSÍSIMA POSICIÓN GEOGRÁFICA, pues se encuentra en un punto céntrico entre la Europa y el Asia, el Africa y la Oceanía, y entre la América del Norte y la del Sur; y por consiguiente, puede decirse: que *este país como punto estratégico y comercial, es el más favorecido que existe sobre la tierra.*

Los istmos que pueden facilitar el comercio de la China, la India Oriental y de todas las naciones del Asia, son cinco: uno que está en el antiguo y cuatro en el nuevo mundo; el primero es el istmo de Suez, entre Asia y Africa; y de los cuatro restantes, el de Tehuantepec está en la América del Norte (México); el de Panamá en la América del Sur (Nueva Granada) y los de Honduras y Nicaragua, en la América Central; todos ellos pueden servir para la comunicación de ambos mares por ferrocarriles, pero sólo uno puede ser canalizado fácilmente y éste—único en su clase, es el de Nicaragua. No quiero decir por esto, que sea imposible canalizar también algunos de los otros, porque se ven en el siglo XIX empresas tan colosales que se concluyen con buen éxito, que ya se confía en todo y no se duda de nada; por lo que no creo que sea imposible, aunque sí muy difícil, que se pueda canalizar alguno de los otros; mas esto, si llega a suceder, no será para la presente generación; mientras que el de Nicaragua, se considera con razón el de más fácil ejecución, porque el Lago de Granada y el océano Pacífico, sólo están separados por un istmo de 12 millas de un terreno plano, y por consiguiente, *es éste el punto más importante para el comercio del mundo.*

He ahí la verdadera causa del peligro que corre la América Central. Todas las

naciones tienen su mirada fija sobre el *Canal de Nicaragua*, porque la que llegara a ser dueña de él, tendría la llave del mundo comercial, y una fuente de riqueza inagotable, mayor, sin duda, que la que tendría si introdujera en sus cajas todo el oro de California o si hubiese encontrado la piedra filosofal. Esta es, pues, repito, la verdadera causa del peligro que corre la independencia de la América Central, sea cualquiera el pretexto que se busque para sojuzgarla; ayer se tomó el de las disensiones intestinas de Nicaragua, (cuyos partidos beligerantes se hacen una cruda guerra sin dar cuartel a nadie); mañana se tomará otro y nuestra independencia está siempre amenazada, *hasta que las aguas del Lago de Granada estén en comunicación con los océanos de ambos mundos.*

* * *

Conocido el mal, veamos si el posible encontrar un específico que ha de decidir para siempre de nuestra existencia política. El único remedio radical de nuestros males, en mi humilde opinión, es: *la reunión de Centro América en un cuerpo político y la apertura del Canal interoceánico bajo la protección de las naciones.*

¿Pero, esta unión será posible? ¿Las naciones poderosas protegerán nuestra independencia? Examinemos estos puntos con toda la detención que merece la importancia de la materia.

La Unión de Centro América en una sola República, sería mucho mejor que de otra manera: pero muy difícil parece, que los presidentes de las secciones en que está dividida la América Central, quieran abdicar el poder que les confiaron sus repúblicas en miniatura; sin embargo, yo creo que muy presto se persuadirán de la necesidad e importancia de esta unión, y más tarde harán cualquier sacrificio para obtenerla en bien de Centro América, dando así la mejor prueba de su patriotismo; y mientras tanto, convendría que Centro América se organizara de la manera siguiente: *fusión de Nicaragua y Costa Rica, en una sola república y confederación de esta nueva república con las otras de la América Central.*

Hace muchos años que los grandes departamentos de Granada y Rivas, están deseosísimos de incorporarse a Costa Rica y mucho más lo estarán hoy, que tanto han sufrido por la guerra civil; los otros departamentos de la República de Nicaragua, están también, según parece, en la mejor disposición para formar un solo todo con Costa Rica; así se deja ver de un artículo, que en estos días ha circulado en *El Cometa*, periódico de León. Todos los nicaragüenses están ya cansados de la guerra civil que les ha ocasionado males sin cuento, y por otra parte, muy reconocidos a Costa Rica. Porque sus armas principalmente han librado a Nicaragua del azote de los filibusteros, haciendo por su parte, todo cuanto podía esperarse de una hermana menor. No se puede aguardar circunstancias, más propicias, para la unión de Nicaragua y Costa

Rica, y sería mucho mejor que esa unión fuese en una sola república, pues son incuestionables las ventajas que este sistema ofrece sobre el de la confederación: *que Nicaragua y Costa Rica se den, pues, un abrazo fraternal, y que se unan formando un solo todo, para que sean fuertes y felices, y que juntas abran el canal interoceánico, así como han corrido juntas los peligros de su independencia.*

¿Se quiere un nombre para la nueva república? Llámese república de *Filadelfia* (amor fraternal) y de esa manera se evitan las dificultades que pudiera ofrecer el nombre de Costa Rica, o el de Nicaragua para la nueva república. La capital puede ser el Guanacaste (hoy Liberia) interinamente, y mientras se puede fundar la nueva capital (que se llamará también *Filadelfia*), a las riberas del Gran Lago como punto céntrico, o donde mejor convenga.

Los grandes beneficios que esta unión nos ofrece, son incalculables; pero sólo me contraigo a dos: 1.º la cuestión de límites entre Nicaragua y Costa Rica, desaparece por *consolidación*; y 2.º, que los dos países así unidos, pueden emprender la apertura del canal interoceánico, promoviendo la formación de una compañía de accionistas, y admitir a ella aun a los extranjeros, con tal que renuncien los privilegios de su naturaleza, y tomen carta de ciudadanos de la nueva república. Para la distribución de acciones, conviene que se guarde el orden siguiente: 1.º los naturales de la nueva república; 2.º los naturales de las otras secciones de Centro América; 3.º los naturales de las otras repúblicas hispano americanas; y 4.º los extranjeros naturalizados como queda dicho.

La propiedad del Canal, será exclusivamente de la nueva república; y el usufructo, de la Compañía, sin perjuicio de los derechos que el Gobierno ha de reservarse. Todo esto no parece imposible, si se atiende al crédito que Costa Rica y Nicaragua merecen en el extranjero, y particularmente la primera; ya que las grandes compañías se hacen por pequeñas acciones, como sucede con la del Banco de Londres y la de la India Oriental.

Resta examinar si hay probabilidades de que a la nueva república quieran las naciones dispensar su protección. Esto no ofrece dificultad, si se considera el mucho interés que tienen todos los gobiernos en mantener el mayor equilibrio posible entre todas las naciones, *pues sólo así puede ser respetado el derecho de gentes*: el día que una nación pueda sojuzgar a las demás el derecho de gentes será una quimera, y sólo será respetado el derecho del más fuerte, si es que derecho puede llamarse. La necesidad de conservar ese equilibrio obligó a la Europa Occidental a proteger la Turquía contra Rusia; porque si el Czar hubiese logrado apoderarse de la Puerta Otomana, habría faltado el equilibrio en las naciones de Europa y tarde o temprano, sería presa del coloso del antiguo mundo. Si la Europa ha tomado una parte tan activa en la guerra de Oriente para conservar la integridad de

la Turquía, *porque ésta se considera como la llave de Europa*, mayor interés debe tener sin duda, en que se conserve la integridad de América Central; porque el equilibrio de las naciones viene abajo de un golpe, desde el momento que consientan en que alguna de ellas se apodere de *esta gran llave del mundo estratégica y comercial.*

Por esa razón no parece que sea muy difícil conseguir que se nos dispense protección, siquiera mientras se realiza el bello ideal de la confederación de todas las repúblicas hispano-americanas, pues el día glorioso en que eso suceda, no tendremos necesidad de ser protegidos, porque ya podremos volar con nuestras propias alas.

El peligro de nuestra independencia está fuera de toda duda, y el remedio no es impracticable. Si procuramos, pues, hacer toda clase de sacrificios para lograr organizarnos de una manera sólida y estable, a la vuelta de muy poco tiempo *estará abierto el canal interoceánico y veremos venir buques del Oriente, del Occidente, del Septentrión y Meridión, a depositar todas las riquezas de todas las partes del mundo en la gran plaza del comercio universal*; y Centro América florecerá entonces con tanta lozanía y esplendor como los campos de Italia en la estación de primavera: pero si seguimos con la misma apatía e indiferencia que siempre en nuestros verdaderos intereses; si no tratamos de unirnos para ser fuertes, y si no damos pruebas de verdaderos patriotas sacrificando nuestros raquícos y mezquinos intereses en las aras de la patria, muy pronto pagaremos con usura nuestras locuras. Centro América florecerá siempre, sin duda, pues *ése es su destino manifiesto*, pero esas flores ya serán para otros dueños y nosotros sólo las veremos cortar por manos extranjeras, sin que podamos recrearnos con el iris de sus matices, ni aspirar la fragancia de sus suavísimos olores. Y nosotros, en medio de toda esa magnificencia y esplendor de nuestra patria *que fué*, estaremos como extranjeros en nuestro propio país, reducidos a la triste condición de proletarios, en la dura alternativa de mendigar un pan para el sustento los que antes eran dueños de todo, o de cultivar con nuestras propias manos y regar con el sudor de nuestra frente, las haciendas que fueron nuestras y que han pasado a otro poder: y luego, por vía de descanso, acarreamos la piedra y arena que ha de servir para levantar hasta las nubes los ricos palacios de nuestros amos, y tal vez tendremos que hacerlo con una argolla al cuello, porque *independencia y libertad, todo lo hubiésemos perdido a un tiempo*, quedando reducidos a una vil y triste esclavitud, justa penitencia de nuestros pecados y fruto de nuestros desaciertos.

J. JOAQUÍN ALFARO

Guatemala, junio 3 de 1857.

(Tomado de *La República*.
San José de Costa Rica.
Edición del 25 de Agosto
de 1910)

El problema de la América hispana

=Del *New York Times*, octubre 17, 1926=

El problema en los pueblos de este continente es un problema étnico y nada más. Al hablar del desarrollo de cada una de las nacionalidades de América, ha querido vincularse el problema a cuestiones climáticas, afirmando, por ejemplo, que los países situados bajo la influencia de las zonas templadas se desenvuelven con mayor facilidad y resueltamente toman camino del progreso, mientras que aquellos pueblos de la zona tropical, se muestran retardados en el suyo.

Para nosotros, ahondando la cuestión, sólo se trata de un problema étnico, en el cual viene a ser el trópico un factor de segundo orden, y cuya influencia se modificará por influencias raciales.

No es, pues, el trópico el origen del mal, pero sí ha venido a ser el factor que retarda el remedio de una enfermedad con más hondas raíces, cuyos síntomas han desaparecido en el norte y van desapareciendo en el sur de este continente, en donde el clima no ha sido hostil al hombre blanco, y en donde, por consiguiente, las nacientes democracias han sido las primeras en recibir potentes corrientes inmigratorias.

Es el mestizo, es el híbrido, el problema verdadero en las jóvenes repúblicas de este continente. Una ojeada al mapa general de la América, con cierto conocimiento de los componentes étnicos de cada nación, basta para sacar adelante nuestra teoría, que no tiene nada de nueva.

Allí en donde el hombre blanco predomina, las instituciones, la vida política, son más estables y serias.

Ya, hablando de las deplorables condiciones políticas de Venezuela, en donde el caudillaje ha florecido desde los albores de la República hasta nuestros días; en donde los dictadores se suceden dentro de lo que podemos llamar una pavorosa normalidad, un conocido escritor de ese mismo país, el Sr. Blanco Fombona dijo: «El problema venezolano, es una cuestión étnica».

Evidentemente, en ese país el gran porcentaje de su población lo componen los híbridos (mulatos y mestizos) a cuya casta han pertenecido muchos de sus hombres de gobierno. Para el mulato, la política es una cuestión personal; en donde quiera que florece o está en mayoría, allí florece el caudillo. «El jefe» es su bandera; muy poco sabe él de bien entendidos ideales de nacionalidad.

Y esta observación no es para aplicarla a Venezuela exclusivamente. Cualquiera que conozca íntimamente los países de la América española, podrá constatar que en cada

Señor Don J. García Monge,

San José de Costa Rica.

Muy distinguido señor mío:

Me permito remitir a Ud. un artículo del *New York Times* sobre asuntos hispano-americanos, que sin duda puede interesar mucho a los lectores de su muy importante revista. Me he tomado el trabajo de hacer la traducción porque creo que esas cuestiones deben discutirse y estudiarse en los países nuestros.

Costa Rica es un país que podemos llamar blanco y por lo tanto, creo que no habrá allí escrúpulos de publicar in extenso el trabajo referido. Me parece que en la generalidad de nuestros países ni siquiera mencionan estas cuestiones, quizá por aquello de que «en casa del ahorcado no se menciona la soga», pero hay que tener el valor de afrontar el estudio de estas cuestiones analizando las teorías que se presentan para desvirtuarlas por completo o para buscar el remedio a males que resulten comprobados.

Soy de Ud. su muy atento S. S.

E. NARANJO U.

Le ruego reservar mi nombre como traductor, no vaya yo a aparecer como autor. Entiendo que el Sr. de Mendoza es un caballero chileno, estudiante en la Universidad de Harvard, que desea especializarse en asuntos político sociales.

10 High St.,
Boston, Mass.

VALE.

uno de ellos, en aquellas secciones en donde por el ardor del clima se han agrupado las gentes de color, allí la política reviste mayores caracteres de un personalismo feroz. Me refiero a las costas y a las tierras bajas, en donde el blanco, que gusta más de los climas suaves de las tierras altas, ha cedido en gran parte el puesto a los híbridos.

Y esta tendencia al amo, es decir, al caudillo, sin querer lo lleva a uno a pensar en el atavismo que pesa sobre ciertas razas, transmitido aun en contadas gotas de sangre.

Nuestras observaciones no se refieren únicamente al mulato, es decir, al resultado del blanco y del negro; se refieren en lo general al mestizo, resultante de blanco e indio, y también el zambo, resultante del indio y negro, o de ambos y el blanco. Ellas son aplicables a los híbridos todos, es decir, a las gentes *trigueñas*; a ese nuevo tipo de raza que se va formando en la hornaza de los pueblos hispano-americanos, que forman ya parte de lo que podemos llamar *la aristocracia* de sus ciudades, aunque fantasían de noble abolengo español y que sólo balanceará la inmigración de las razas blancas.

Continuando nuestra teoría, con el mapa del continente americano a la vista, sin temor de incurrir en falsedad, podemos afirmar lo siguiente, por cuanto nos dicen la historia y las condiciones presentes de esos pueblos: En la América Central, en países como Nicaragua, Guatemala etc., donde el híbrido

predomina, no hay lo que precisamente podemos llamar condiciones de estabilidad en la vida política. Allí han florecido dictaduras sombrías como las de Zelaya y Estrada Cabrera, y aún no sabemos lo que el porvenir reserva a esos pueblos. En cambio, en Costa Rica, en donde la raza blanca predomina, las instituciones han sido más estables, y más seria y regular la vida de ese pueblo.

Méjico es un país bello y lleno de riquezas, que hasta ahora sólo ha tenido un interregno de 28 años de paz, bajo la mano de hierro de un amo, que se llamó Porfirio Díaz. Sabemos de la absoluta minoría de blancos en la vecina república y también de la abundancia de convulsiones armadas y de caudillos ignorantes que se han hecho dueños de vidas y haciendas.

Si miramos hacia el lejano sur, no podrá negarse que la Argentina, Uruguay y Chile son los países de la América meridional que marchan mejor y que es también en ellos en donde el híbrido está en minoría. En Argentina floreció la cruel dicta-

dura de Rosas, muy antes de las grandes corrientes de inmigración de las gentes blancas de Europa.

En Colombia, en donde se ha conservado un buen stock de raza española, el hombre blanco ha mantenido la hegemonía intelectual y política. En el Estado de Antioquia, donde el elemento blanco predomina, allí marcha todo mejor y es más seria la política; pero, en las luchas intestinas de todo el país, el mayor porcentaje de agitadores corresponde a los híbridos, si se repasa la historia de ese país, y algo nos dice que el hombre blanco pierde allí posiciones. Repasando el escalafón de sus convenciones políticas y cuerpos legislativos, con el apoyo de un conocedor de ese país, nuestro aserto sale adelante. El híbrido, pues, es un factor activo en todos esos países, pero es una calamidad para la buena marcha de ellos.

Al mulato, al mestizo, al zambo, los tres; siempre insatisfecho y prevenido. Para él nunca hay gobierno bueno; abunda en sentido de crítica demoleadora, nada práctica ni constructiva, mientras no haya mano de hierro, y por eso siempre lo veremos en la prensa, en la cátedra y en el parlamento, agresivo, en actitud airadas.

Reaccionario por atavismo, las teorías revolucionarias, en lo social o político, encontrarán en él siempre un campo fecundo. Desordenado e inconstante en sus propósitos, de temperamento impresionable, impul-

sivo, es incapaz de desarrollar un programa que requiera tiempo y el esfuerzo de varias generaciones, como son los programas de los pueblos. Teorizante más que todo, si va al gobierno no lleva a la práctica sus teorías; pasa la vida en ensayos, en saltos, yendo de la oposición al gobierno o a la inversa.

Hay que pensar en lo que ese tipo humano es para explicarnos su psicología espasmódica. Del blanco tiene la arrogancia española; del negro la malicia, el rencor traicionero, justificado, si se quiere, por los sufrimientos de sus antepasados. Del indio guarda la suspicacia de una raza acostumbrada a mirar a todos con desconfianza o recelo. Por lo que tiene de las razas proscritas, es prevenido y esa prevención la exterioriza con los arrestos arrogantes, de la arrogancia que por lo poco que tiene de español le viene. De allí que es un elemento agresivo y díscolo, que en lo social no pierde ocasión de enfrentarse al que considera, con razón, de una clase mejor, aunque la democracia y ciertos convencionalismos locales hayan nivelado a unos y a otros. Sin embargo, por lo que tiene de indio y de negro, esa arrogancia individual desaparece colectivamente cuando se trata de gobiernos personalistas, de los cuales son pedestal y mano fuerte.

Agréguese a todo esto el sedimento que dejó en esos pueblos una guerra de independencia larga y cruel, para que se explique cómo se les ha podido arrastrar tan fácilmente a las revueltas armadas, y que luego, en la paz, sea difícil la obra de un buen gobierno.

Crean algunos que en los pueblos de la América española, por la fusión completa de las razas blanca, negra e india, que en ellos se mezclan por lo bajo sin repugnancias, resultará un nuevo tipo de la familia humana; un tipo que suponemos de imaginación vivaz, tropical, ojos oscuros y piel trigüeña. Se necesitaría también pasar todas esas generaciones por el tamiz de una educación bien dirigida, para tener realmente algo uniforme, algo de que el mundo pudiera enorgullecerse. Desgraciadamente, en esta época de la electricidad y el aeroplano, la humanidad marcha de prisa y no hay que esperar tanto, ni derecho a perder nuestra oportunidad.

La gran fórmula para los países de la América Española, será abrir sus puertas al inmigrante blanco, atraer a sus tierras prolíficas esas grandes corrientes humanas de los pueblos bien preparados de Europa, para mejorar su raza, para que el híbrido se confunda o desaparezca o se reduzca a una minoría impotente, para que ese obstáculo se anule, siendo aprovechado en la obra general de la nacionalidad.

Tal está ocurriendo en la Argentina, en donde a vuelta de una o dos generaciones, el país cuenta con ciudadanos orgullosos de la nueva patria.

En los Estados Unidos, anticipándose a la solución de ese problema, con el gran sentido práctico que ha guiado hacia su gran-

deza todos los pasos de este pueblo, se ha evitado el cruce de razas opuestas. Los negros son tan negros como siglos atrás; se les da ocasión para educarse, y por lo que a los blancos hace, por la adaptación de las grandes masas de inmigrantes, se está formando aquí una verdadera raza de selección y uniforme.

No terminaremos sin anotar una observación divertida; los mulatos y mestizos, aún los más de los indios puros que viven en las ciudades de la América española, se consideran a sí mismos de raza española. Parecen avergonzarse de la sangre que llevan y ese aguijón hace que mantengan una prevención sorda contra el blanco de buena cepa, cuya superioridad en lo social no le perdonan. Esto por sí solo revela la complicada psicología de tales elementos. En Cuba, en las costas de Colombia y Venezuela, los negros se llaman a sí mismos *morenos*. Sólo el indio mexicano no reniega de la sangre azteca y se llama indio. Allí existen los nobles de los tiempos de Montezuma. En uno de mis viajes, con ánimo de ahondar mis observaciones, decía a una mulata vieja, en un hotel de uno de los puertos del Caribe:

—Patrona, ¿de qué raza eres tú? Y ella, que parecía el eslabón entre el chimpancé y el hombre, con gesto arrogante me contesta: Española, misma!

Bien haya la prudencia de los hombres del Norte, al mantener claros los linderos de razas heterogéneas, porque realmente del cruce de ellas resulta un engendro que nadie comprende!

Esos españoles de nuevo cuño darán siempre mucho que hacer a las nuevas democracias de América!

LUIS DE MENDOZA

Boston, Mass, octubre 11, 1926.

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia
\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires

El camino de los dioses

par
Manuel Ugarte

Voici un livre étranger qui ne tardera pas à être traduit en France.

Sous le titre LE CHEMIN DES DIEUX, évocateur d'une vieille légende japonaise, Manuel Ugarte, le célèbre écrivain de langue espagnole, vient de publier un roman sensationnel sur la future guerre entre les Etats-Unis et le Japon.

L'action particulièrement mouvementée,— il s'agit du choc entre l'espionnage japonais et le contre-espionnage Nord-Américain dans les côtes de l'océan Pacifique,— se déroule au cœur des républiques de l'Amérique Centrale et au milieu des troubles et des révolutions dont nous approfondissons ainsi le caractère et les dessous.

Une passionnante intrigue d'amour et des dramatiques aventures se heurtent autour d'une prodigieuse invention de guerre qui semble promettre à l'Orient la domination mondiale. Le tableau de la ville de New-York anéantie par un tremblement de terre artificiel provoqué à l'aide de calculs nébuleux basés sur l'attraction planétaire, est plein de grandeur.

En résumé, tout un monde nouveau et des hypothèses troublantes révélés par la plume d'un grand écrivain.

Querido amigo, se ha equivocado usted y me ha mandado el *Repertorio* del 19 de Junio, No. 23, en el cual *no está* mi respuesta. En estos días recibirá Ud. mi novela, cuya acción se desarrolla en Costa Rica. Ud. puede darle allá una gran difusión. Entiendo que mis libros, que circulan en todas partes, no llegan a esa República. ¿Por qué? Cordial apretón de manos.

MANUEL UGARTE

54, Rue Saint-Philippe. Nice FRANCE.

Alejandro Edilio Borges,

Agente General de Revistas y Publicaciones, desea entrar en relaciones con los editores hispanoamericanos, para lo cual necesita que le envíen muestras y condiciones. Boulevard Baralt, Maracaibo. Venezuela.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Página lírica

de Edmundo Velásquez

Anfora alejandrina

A una vid

El sol, tu agosto padre, te da calor y vida
filtrando en tus entrañas locuras deliciosas,
y por ti Anacreonte de barba florecida
interpretaba el hondo misterio de las cosas.

De miradas ardientes y de pezuña hendida,
una tropa de faunos de curvas voluptuosas,
danza cabe tu sombra la danza enardecida
que entre las carnes tejen ansias pecaminosas.

Un día Noé el experto piloto y gran patriarca,
navegante primero de la primera barca,
se embriagó con tu zumo que es olvido y descanso.

Y quién sabe si bulla en los globos oscuros
de las uvas que forman tus racimos maduros,
la sangre redentora de Jesucristo el Manso.

Elogio del agua

Es dulce, es mansa, es frágil y de gracia está llena;
tiene claras miradas y en ensueños se abisma;
y es cual una muchacha que en su inconsciencia misma
llorara a un tiempo y riera de ventura y de pena.

Muestra sus senos albos y al pudor es ajena
siendo casta; se enjoya por la virtud del prisma
cuando el sol la traspasa, y tiene ese carisma
de ser a todas horas cordial, sencilla y buena.

Sufre, padece y gime cuando es aprisionada
y en los cántaros duerme; sufre porque la aurora
le roba sus estrellas... Y en la noche callada,

Al resudar en gotas, brillante y dolorida
del tinajón de barro, se percibe que llora
cual una Magdalena sensual y arrepentida

Juan Ponce de León

Tres luengos años tristes de una amarga zozobra,
Ponce de León anduvo perdido entre la mar;
de súbito se anima, la esperanza recobra,
y al hallar tierra extraña prorrumpió a sollozar:

—Gracias te sean bien dadas, oh mi San Juan bendito
porque he visto algo nuevo bajo la luz solar...
el viejo castellano murmuró azás contrito
al ver ante las proras la Florida brotar.

Y agobiado y tremante alza a Dios hondas preces,
y ante tanta ventura, después de mil reveses
como a un pájaro preso le latió el corazón.

Y cuenta la leyenda que de placer henchido,
le rodaron las lágrimas por el caudal florido
de su barba de plata y murió de emoción.

Mensaje lírico

Mañana con el alba vendrá la primavera
alegre y reventona con sus rosas de Francia,
el corpiño florido con ducal elegancia,
danzando por el bosque al sol que reverbera.

Naturaleza toda por ti se enjoya y canta
¡oh mujer turbadora digna de un griego coro!
y en su flauta de cañas suena Pan un sonoro
motivo dionisiaco que a las ninfas encanta.

Tiene tu andar el ritmo de la risa pagana
de Grecia, y la preclara euritmia de una rosa
tu faz que besaré primavera mañana.

Por tu alma comprensiva te mandan hoy los hados
estas catorce líneas como suma armoniosa
de tus siete virtudes y tus siete pecados.

Su retrato

Una egregia cabeza de medallón antiguo;
en sus pupilas negras hondo abismo inquietante;
bajo el carbón del pelo rizada y fascinante
su tez adquiere un mate ligeramente ambiguo.

Tan sólo sobre el rosa juvenil de su boca
se advierte una forzada sonrisa de alegría;
y en sus manos traslúcidas y largas se diría
que el añil de sus venas urdimbre rara evoca.

La gracia de su porte le presta un noble encanto;
sus palabras cordiales hablan de un desencanto
y su gran displicencia denuncia hondos dolores.

Tiene un aire romántico y un gesto dolorido,
y es su mirar doliente el mirar abstraído
de aquellas reinas tristes que sufrieron de amores.

Cosas de la parroquia

El Cura de mi pueblo que no admite los goces
ni el baile, en entredicho me ha puesto a *padecer*,
porque cincelo versos, porque discuto a voces
a Kant, a Schopenhauer, a Nietzsche y a Voltaire.

Me vigila el Alcalde con sus tres policiales
porque soy un peligro para la paz rural,
y el burgués de soslayo detrás de los cristales
de sus lentes me acecha como a un raro animal.

En deletéreos climas esa gente ha pensado
donde acabe mi vida como gandul penado;
y mientras a esa gente pongo oídos de inglés,

Mis hermanas cigarras de los troncos asidas,
con favordón de flautas cual orquestas unidas
se burlan del Alcalde, del Cura y del burgués.

Bogotá

Bogotá entristecida, de gracias señoriales
y maneras antiguas, escucha mi canción:
sólo puedo ofrendarte mis versos pastorales
y las palpitaciones que da mi corazón.

Santa Fe melancólica, de encantos coloniales,
Gonzalo de Jiménez bravo como un león,
con la cruz de su acero de fulgores mortales
te signó y tras el signo vibró su bendición.

Ciudad pagana y mística; en tu extraño dualismo,
pueril, frívola y sabia eres a un tiempo mismo;
a una cruz y una daga culto rinde tu grey.

Yo que huelo a montaña, que el alma ingenua siento,
y que tiembla en mis ojos un ensueño, presiento
encontrarme en tus calles un poeta virrey.

Pastorela

Cándido como un cuento de brujas, tiembla un trazo
de luna sobre el patio donde los pastoriles
mocetones robustos asidos por el brazo
bailan con las muchachas al son de tamboriles.

Un mastín sarmentoso con un ladrar dolido
aúlla largamente a alguna ánima en pena,
y mientras con murmullo milagrero y sentido
reza la abuela, afuera cantan una verbena.

Son pastores felices de ingenuos corazones
y de barbas tan rubias cual los crespos mechones
del maíz sazonado que reclama la siega.

Y zagalas sencillas que al claro de la luna
dicen cuentos de niños que empiezan: «Erase una...»
o que juegan en corro a la Gallina Ciega.

Aires pánicos

Chiquilla de ojos raros mientras yo te acaricio
con miradas ardientes y te beso mil veces,
formo con esos ósculos un punzante cilicio;
yo soy monje del beso que produce embriagueces.

Un fauno, buen amigo, a mi antojo propicio,
impregnó mis sentidos de gratas morbideces,
me enseñó extraños ritos y me insinuó en el vicio,
y como buen discípulo yo le pagué con creces.

Padezco hondos temblores en tu presencia y siento
que la pasión me acosa con aguijón violento
y que tengo la frente bicorne me imagino.

Y cual si fueran siete carrizos campestres,
combino con mis siete pecados capitales
una flauta en que canto los amores y el vino.

San José, Costa Rica.

Historia Nueva

Semanario de la comunidad hispanoamericana

Muy pronto, tan pronto como lo permita la amplitud de su organización, aparecerá este semanario, expresivo de una nueva intención política. No viene a formar un sentimiento nuevo en los pueblos hispánicos, sino, por el contrario, a conglomerar en sus páginas el sentimiento disperso, aunque unánime en esencia, en todos los pueblos de nuestra raza por una mayor y más conexa solidaridad racial. En los últimos años ha brotado, efectivamente, en todos los países hispánicos, de una manera espontánea y sincrónica, el anhelo encarnado en muchos intelectuales y en algunas instituciones representativas del trabajo y la cultura, de unir más estrechamente la vida de los países de habla española para lograr el mejoramiento y el engrandecimiento comunes. *Historia Nueva* viene a recoger y a organizar este anhelo.

Con tal fin, según lo anuncia, reunirá en sus páginas una colaboración ilustre y prestigiosa, no sólo de los más renombrados publicistas, literatos y artistas, sino también de los hombres dedicados a las actividades prácticas de la vida. Porque *Historia Nueva* quiere destacar y analizar, tanto como en el pensamiento y la doctrina, los problemas. Darle expresión a nuestros problemas. Presentarlos al conocimiento y la meditación de nuestros pueblos como cuerpos vivos, como seres, por así decirlo, tan existentes y exigentes como los hombres o acaso más.

Una característica unánime de los pueblos de nuestra raza es la de desprenderse, aislarse espiritualmente de los problemas. En la emoción de los pueblos hispánicos los hombres, las individualidades, implican vagamente los problemas. El problema no se destaca en sus almas. Se destaca el hombre en cuya doctrina está implícito. Sin embargo, los problemas tienen una existencia y una fuerza y un futuro independientes de

toda doctrina, porque son, en su densidad vital, superiores a las doctrinas. La doctrina, en realidad,—pues la idea es el reflejo de la cosa—es una consecuencia del problema.

En nuestros países hay una cierta superposición vital. La vida del espíritu, es decir, el ejercicio de las ideas, no es congruente con la vida profunda y áspera de los afanes cotidianos. Cada una es independiente de la otra. Mientras las ideas se realizan en un plano, los trabajos, las inquietudes, las esperanzas y los dolores populares se desenvuelven en otro. *Historia Nueva* trabajará por conseguir una penetración de ambas; por destacar, paralelamente, nuestras ideas y nuestras necesidades, la riqueza de nuestro espíritu y las urgencias de nuestros campos, la inquietud literaria y la aspiración económica, la fermentación artística y el trabajo industrial; y, de este modo, por el conocimiento íntimo, propender a la unión íntegra.

Historia Nueva trabajará por todo esto con una ideología moderna, severamente vigilada y perfectamente definida.

Noticia.—Organiza tan loable empresa CÉSAR FALCÓN: 26, Bellevue Road, West Ealing. LONDON, W. 13.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Bibliografía titular

LOS LIBROS RECIBIDOS EN LA SEMANA

De *The Columbia University Press*. (2960 Broadway, New York City):

CONCHA MELENDEZ: *Amado Nervo*. «Instituto de las Españas en los Estados Unidos». Nueva York. 1926. Precio del ejemplar: \$ 0.80

De la *Carnegie Endowment For International Peace*. (405 West 117th. Str. New York City):

ALFREDO ROCCO, Minister of Justice in the Government of Italy: *The Political Doctrine of Fascism*. Recent Legislation in Italy.

De la Editorial *La Protesta*. (Perú 1537. Buenos Aires. Rep. Argentina):

RUDOLF ROCKER: *La maldición del practicismo*. Buenos Aires. 1926.

Del Prof. don CARLOS VICUÑA FUENTES (Instituto Nacional. Panamá. R. de P.):

CARLOS VICUÑA FUENTES: *La cuestión social ante la Federación de Estudiantes de Chile*. Santiago de Chile. 1922.

LUIS LAGARRIGUE: *Nociones de Sociología*. Santiago de Chile. 1926.

LUIS LAGARRIGUE: *La propiedad. Positivism y comunismo*. Santiago de Chile. 1925.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE: *La Religión de la Humanidad*. Quinta edición. Santiago de Chile. Año 72 de la Era Normal. 1926.

LUIS LAGARRIGUE: *Incorporación del proletariado a la sociedad moderna*. Nociones positivas sobre el trabajo, la propiedad, la producción, el salario, el capital y la propiedad. Apéndice. Cuestión social. Conmemoración de la Patria. Inauguración de las obras de agua potable. Sentencia arbitral. Reportaje de *La Nación*. Carta a un agricultor.—Segunda edición. Santiago de Chile. 1920.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Los tres enamorados

(Cuento maorí)

Traducción del Dr. JULIO VILLOLDO

UN vaho subía de los manantiales calientes. A lo lejos se divisaba un lago azul. Estábamos sentados delante de una casa de madera tallada. Un arbusto colgaba sus grandes flores rosadas hacia nuestros rostros en dirección al mío, pálida faz de hombre blanco, hacia el de ella, linda cara bronceada de joven doncella maorí. Raouoriva, Hoja de Olivo. Bella Oliva. Nombre que canta en mi alma.

Sentado junto a Oliva que me relataba algo, extendí la mano y entrelacé sus dedos. Es éste un movimiento que realizo frecuentemente, en circunstancias análogas y en los más diversos países. Pero en esta ocasión tuvo consecuencias inesperadas por mí. Sentí inmediatamente no sé qué sumisión de esclavo ante esta belleza maorí, en tanto que ella, esta caprichosa Raouoriva, al tiempo de sacudir la cabeza cubierta de negros bucles, volvía hacia mí sus obscuras pupilas resplandecientes diciéndome, a guisa de estribillo:

—Viajero, viajero, tú ignoras sin duda uno de nuestros cuentos. Voy a contártelo.

¿Ves, allá lejos, ese lago azul? Antes existía allí, en ese lugar, la Mar,—Moana, la Mar sobre la cual vuelan sin cesar las gaviotas; el ave persigue al ave, y el pájaro no encuentra su compañera; y también sucede que una de las aves ve de pronto que otra la mira, así, así, los ojos en los ojos, y las alas se entrecruzan, ala contra ala, como la mano entre la mano; se lanzan, dan vueltas y vuelan en dirección de una isla, de su isla, en donde ambas viven en el goce.

Hace mucho, mucho tiempo, cuando este lugar aun no se llamaba Rotoroua, en la época en la cual nada llevaba nombre todavía, moraba aquí un gran jefe guerrero, Wakaii-Kaï. Había derribado muchos hombres con su maza, y las cuatro partes del país lo eligieron cacique. Su casa, de madera esculpida, siempre estaba rodeada de fieles servidores, cuyas miradas escrutaban el horizonte tanto de día como de noche. Todo le había sido favorable, excepto una cosa: él hubiera deseado tener hijos varones, y tan sólo era padre de una joven, Hiné-Moa, de maravillosa belleza. Velaba por ella. Proponíase darla por esposa al más valiente de sus guerreros. Ocultábala como una preciosidad; pero no pudo tenerla siempre escondida.

En ciertos días, durante algunas noches, en la casa esculpida de Wakaii-Kaï, se reunían jóvenes y muchachas para bailar, hablar en voz queda y acertar adivinanzas. Entre ellos, había tres más prendados que los otros de la belleza de Hiné-Moa. El primero se llamaba Kaï-Véka, el segundo Tiki, el tercero Toutané Kaï. Los tres fueron deslumbrados por el andar, las miradas y el modo de bailar de Hiné-Moa; y la encantadora muchacha también los distinguía

a ellos entre el grupo de los otros hermosos jóvenes.

Los tres mancebos eran aficionados a la música, y cada cual tocaba un instrumento distinto: Kaï-Véka, de carácter apacible, había escogido la zampoña; Tiki, el ágil, tocaba el caramillo; Toutané-Kaï, el bien formado, prefería el cuerno de caza.

Durante la nueva Luna de Primavera, cuando los pájaros gorjean y hacen sus nidos, los jóvenes y las muchachas bailaban en torno de las ardientes hogueras. Mozo con moza, compañera con compañero, cada uno con todos los demás, alguno que otro, solo, éste con aquélla, mozo-moza, muchacha-mancebo.

—¿Qué es lo que acaba de pasar por allí arriba?—le preguntó Kaï-Véka a Hiné-Moa, mostrándole el bosque.

—Es un vampiro,—respondió Hiné-Moa. Y sus manos se unieron un instante.

Mozo y moza, doncella y mancebo, la danza continuaba.

—¿Qué es lo que vuela allá en lo alto?—inquirió Tiki de Hiné-Moa, señalándole el bosque.

—Es un buho, replicó Hiné-Moa. Y sus manos se tocaron un momento.

Miradas de los jóvenes para las muchachas, requiebros de los mozos a las mozas, miradas de soslayo de éstas para con ellos. El baile proseguía, la Luna brillaba.

—¿Qué cosa pasa por aquí?—interrogó Toutané-Kaï mirando a Hiné-Moa.

—Un pájaro cantor; un arroyo nocturno que murmura,—contestóle Hiné-Moa.

La barca de la Luna resplandecía en lo más elevado de los árboles. La mano de Toutané-Kaï tomó la de Hiné-Moa y le retuvo más de un instante, y de un corazón al otro brotó la chispa.

—¿Te gusta mi música?—le preguntó el mancebo del cuerno de caza.

—Me gusta,—contestó la doncella maravillosamente bella.

—¿Amas?—inquirió él, mirándola en los ojos.

—Amo—fué su respuesta sin bajar la vista.

Aquella noche, nada más voló por el aire, a lo largo del bosque. Mas en la selva y en lo íntimo de dos corazones un arroyuelo nocturno murmuraba alto y claro.

Al cabo de algunos días los tres volvieron a reunirse: Kaï-Véka, Tiki y Toutané-Kaï.

—¿A cuál de nosotros ama Hiné-Moa?—preguntaron los tres a un mismo tiempo.

—A mí—dijo el joven de la zampoña—: su mano ha tocado la mía.

—A mí—contestó el mozo del suave caramillo—: ha estrechado mi mano con la suya.

—A mí—replicó el mancebo del cuerno de caza—: sus manos están libres, pero su corazón me pertenece.

Entonces acordaron que cada uno de ellos iría a una isla distinta, y allí tañería cada

cual su instrumento musical. Si el corazón de Hiné-Moa se sentía atraído a una de las islas, allí se dirigiría en su barca.

Kaï-Véka se instaló en la isla del Manantial Frío. La zampoña sonaba lentamente. Indolentes especies marinas nadaban en torno, en dóciles parejas. La joven escuchaba la melodía, sin experimentar deseos de embarcarse.

El avisado Tiki se hallaba en la isla del Manantial Templado. Las tibias aguas se cubrían de espuma. El caramillo gemía e imploraba. El sutil instrumento fascinaba. Los rápidos cangrejos, por saltos oblicuos, giraban marcando sus huellas en las arenas de la playa. El corazón de la doncella se emocionaba; miraba la barca, pero sin resolverse a embarcar para la isla del Manantial Templado.

Toutané-Kaï estaba en la isla del Manantial Caliente. El chorro brotaba impetuosamente del suelo. De las hirvientes olas ascendía un vapor. El cuerno de caza resonaba sobre Moana; Moana toda entera escuchaba y gemía. La Mar entera, se deleitaba con esta música.

La muchacha maravillosamente bella se levantó atraída por la claridad lunar. Quería sentarse en la embarcación. Pero los vigilantes ojos que estaban al servicio del padre, se habían dado cuenta de todo y sustraído la barca. Hiné-Moa no tenía manera de arribar a la isla del Manantial Caliente.

Tres veces cantó el cuerno. Otras tantas la hermosa niña se levantó y tornó a caer en su aflicción.

La barca de la Luna, ya entorpecida, bogaba por el cielo. En la Mar, al claro sonido del cuerno, todos los peces bailaban: azules y rosados, argentados y dorados.

Entonces, cuando las postreras notas de la tercera llamada del cuerno iban a extinguirse, la joven, desde lo más íntimo de su corazón, invocó a la Reina de los peces y, una vez que alzó por tres veces los brazos al cielo, se arrojó al Mar.

Al punto que tocó el agua, convirtiéndose en pez. Ligerero, azul, con aletas rosadas y ojos semejantes a dos flores nocturnas, nadó en dirección a la isla del Manantial Caliente. Antes de que se hubiera extinguido el sonido del cuerno, apareció ante el mancebo en su forma habitual, es decir, en la de una doncella maravillosamente bella. Y fueron felices.

Como el pez con el pez. El ave con el ave. La muchacha con el joven. La flor con la flor. En la isla del Manantial Caliente.

—Ya conoces el cuento nuestro, nuestro cuento maorí. Cuando el blanco halcón se apodera de la alba garza real, ésta no es dichosa con el que la tiene sujeta. Pero Hiné-Moa lo era en los brazos de Toutané-Kaï.

Raouoriva, la bella Oliva, la resplandeciente Hoja de Olivo, me miraba bien el rostro, sus ojos en los míos. Yo la contemplaba, emocionado, sin darme cuenta de que nuestras manos estuvieran o no unidas.

La barca de Luna se alejaba. Un vapor subía de los manantiales calientes...

CONSTANTIN BALMONT

(Cuba Contemporánea, Habana).

Una hora con Pedro Prado

UNA vieja amistad unía a Manuel Magallanes Moure y Pedro Prado. Escritores y pintores ambos, hombres de naturaleza semejante, a pesar de las diferencias indudables, presentan una identidad poderosa. Sus obras respectivas están orientadas hacia fines diversos y se basan en otros sentimientos e ideas. Pero están unidas por el tono afectivo, por comunes perspectivas y por esa serenidad de contemplativos que sus autores revelan con eficacia.

No extraña, por esto, que el mejor intérprete de la poesía de Magallanes, su mejor amigo, su más ferviente divulgador sea Pedro Prado. Hace pocos días, ha salido a la luz pública una selección de los *Mejores poemas* de Magallanes, prologada por el autor de *Alsino*. Las palabras de Pedro Prado al frente de este volumen son escasas pero tienen un contenido enorme. El crítico debe meditar en las definiciones que el poeta ensaya para caracterizar la obra de su amigo que se fué. Finalmente, he aquí lo que nos dice Prado: «Entre los bienes que debo a la vida se cuenta el de haber sido amigo de un hombre hecho de tan extraordinaria transparencia».

Animados por el propósito de oír de los labios más autorizados todo lo que fuera posible sobre la vida y la obra de Magallanes, hemos ido a visitar a Pedro Prado a su quinta de la calle Mapocho. Es la mañana de un domingo; primavera gris; aire en calma. El escritor nos hace pasar a una sala del primer piso de su casa solariega. Viejos muebles de tipo campesino amueblan este como taller o estudio de pintor y de arquitecto. En sendos atriles vemos una marina de Magallanes y un libro empastado en pergamino, viejo infolio del siglo xvii. En una mesa frontera a la pared hallamos otros libros venerables. Son obras de jurisprudencia y de alegatos judiciales. En una de ellas leemos este título: «El L. Don Iván Pérez de Lara, Fiscal de Su Majestad en esta Real Chancillería por su real jurisdicción en el pleyto con don Pedro Antonio de Tortosa Carrillo, clérigo que pretende ser de menores órdenes, vezino de Baca». Y al pie: «En Granada. En la Imprenta Real, por Francisco Sánchez y Baltazar de Bolívar. Año 1641».

Junto a este taller se halla una hermosa salita amoblada con amplios sillones y sofá de estilo Renacimiento español. Luego sigue el salón, con amplias ventanas hacia el sur y el oriente, con un autopiano, con cuadros en las paredes y con muebles cómodos y elegantes.

El escritor nos hace pasar luego a su escritorio, que se halla en el segundo piso. Es una pieza de gran tamaño, con hermosas ventanas que se abren hacia el sur, el oriente y el poniente. La luz cruda del norte no entra por sus vidrios. Sólo la claridad difusa del aire en torno da a la estancia la luminosidad que buscan para sus estudios los



Manuel Magallanes Moure

pintores. Hasta esta sala no llegan ruidos de la ciudad distante ni voces que perturben el reposo. Hay un silencio solemne, el silencio que buscaba Carlyle, cargado de rumores vagabundos. Los gorriones chían en los árboles del jardín abandonado. De vez en cuando el martilleo de una fragua cercana; a lo lejos un pitazo de tren, el rumor de tempestad atenuada del tranvía suburbano.

Sentados en las sillas que se ven dispersas en el escritorio, de espaldas a los libros que rodean, en estantes apoyados en el suelo, las murallas de la estancia, nos disponemos a escuchar al poeta.

—Magallanes—nos dice Prado—es el poeta más portugués de nuestra literatura. Ninguno ha poseído como él la *saudade*, ese sentimiento único que distingue la poesía lusitana. No es extraño que sea así. Sus apellidos denotan claramente la ascendencia portuguesa. Magallanes ha sido primitivamente *Magalhaes*, y Moure, que parece francés o inglés, es un apellido gallegoportugués. Pensando en lo que es la *saudade*, se llega a definirla como el sentimiento de nostalgia que siente el hombre por lo que pudo ser y no fué, antes que como el sentimiento por lo que fué y tuvo y ya no es ni tiene. Pues bien, los versos de Manuel son versos *saudadosos*, y sus gustos y su pensamiento se hallaron siempre teñidos con este color de melancolía que da la *saudade*. Cuando estaba conmigo anhelaba hallarse en su casa, sentía la *saudade* de los suyos, y vice-versa. Cuando fué a Europa me escribió varias cartas en que se halla el mismo sentimiento. En una de ellas, cuando me anunciaba su vuelta, me dice que cuide de que los ladrillos de su casa de San Ber-

nardo estén muy limpios porque está seguro de que a su llegada va a besarlos. Su regreso se efectuó en silencio, apresurado, medroso. Estuvo varios días en Buenos Aires porque no había combinación, y se ocultó a todo el mundo. Tenía allá muchos amigos y admiradores que lo habrían agasajado, pero él se iba solo al rosal de Palermo y veía pasar las horas y morir el sol, aspirando el perfume de las flores y oyendo los rumores del parque.

Hay una pausa. El poeta nos ha hablado con entusiasmo, con cariño, revolviendo las viejas cartas que guarda en archivador, junto con notas en que él ha vertido algunas de sus impresiones sobre la vida y la obra de su amigo.

—Una vez—nos dice luego—en la playa de Cartagena le leí unos versos que había copiado en un papel y que son del poeta lusitano Andrade Caminha, escritor del siglo xvi. «Hace mucho tiempo—le dije—que me copiaste estos versos que a mí me parecen muy hermosos. ¿Por qué no los has puesto en ninguno de tus libros?» Es tan de él el tono de los versos de Caminha, que estuve vacilando durante un instante, casi convencido de que él los había escrito y ya no los recordaba. Tienen la misma *saudade* de aquellos de Manuel titulados *Canción triste*:

*En la obscuridad
junto a mí pasó
la felicidad.*

*Su ala me rozó;
después, silenciosa,
de mí se alejó.*

Por cierto que Manuel no los conocía, pues seguramente escribió su canción antes de que se publicara la Antología de Poetas Portugueses en que aparece la traducción de Caminha.

Luego, insensiblemente, como atraídos por una pendiente, entrando más en el espíritu del poeta ido, Prado nos habla de sus amores:

—Las mujeres lo atraían poderosamente. No las quería como un hombre, sino casi como un niño, como ser indefenso que busca en ellas sólo la ternura. En muchos de sus poemas lo dijo: En *Madre mía* se ve claro este sentimiento. La mujer a quien amó con mayor dedicación fué con él un poco dura y coqueta. Lo desesperaba, lo hacía sufrir sin necesidad: si algo se le puede agradecer es que le hizo escribir algunos de sus mejores poemas: *Apaisement*, *Sueños, sueños míos...*, *Reconciliación*, etc. Pero Magallanes, en cada mujer que veía colocaba una cantidad de elementos ideales en que se envolvía él mismo como en una red. Cuando menos se lo pensaba, estaba ya perdidamente enamorado y sufriendo lo indecible. Una vez me contó que una mujer muy hermosa quería que se lo presentaran, porque había leído sus libros y sentía entusiasmo por él. «Yo no quiero conocerla—me decía—,

(Pasa a la página 316)

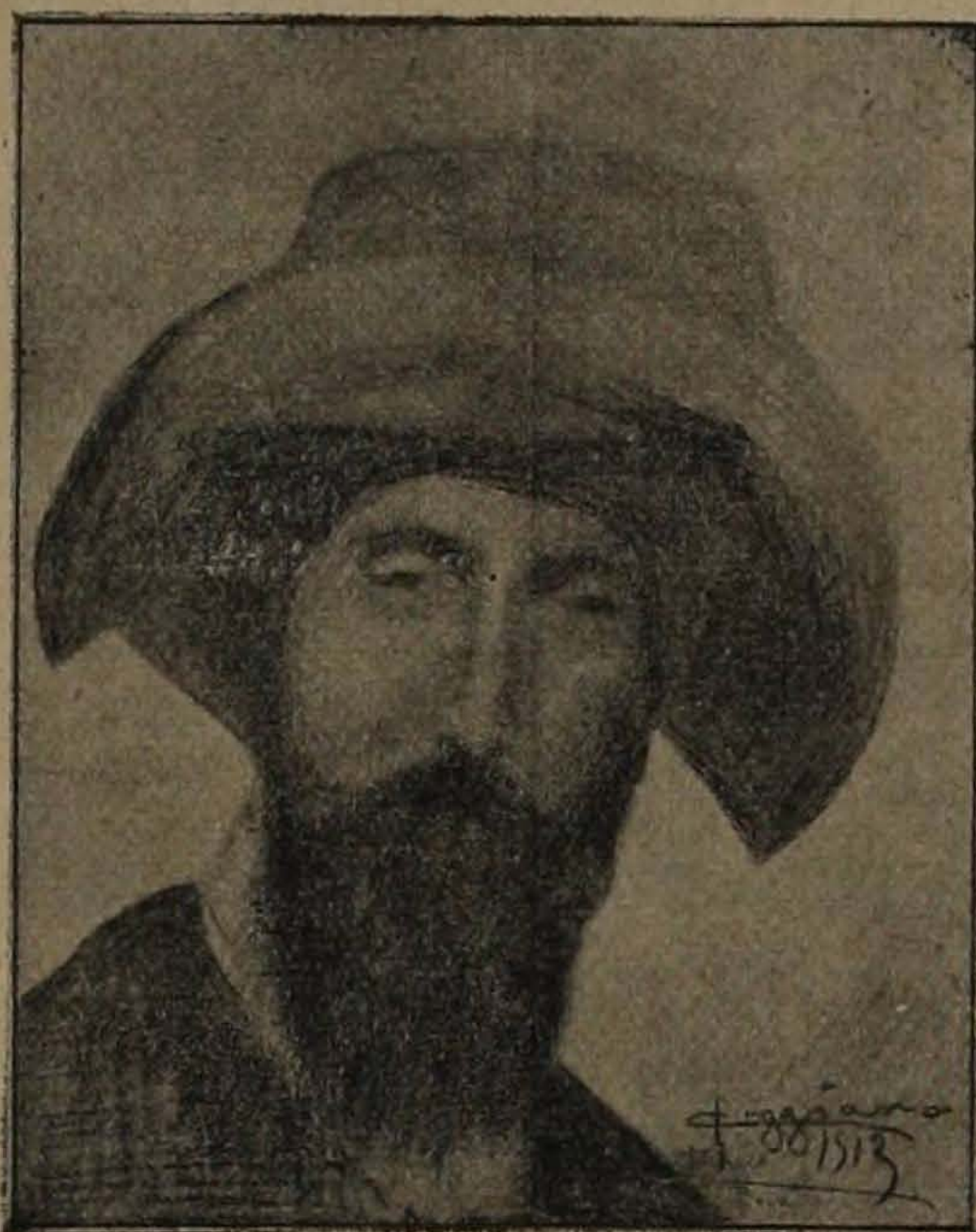
IBA a seguir los artículos en que pienso mostrar la conexión inescindible que une la economía y la moral, cuando me llega a las manos el libro del chileno don Armando Donoso intitulado *La otra América*, y debajo de esta palabra leo los nombres de Gabriela Mistral, Arturo Cancela, Henríquez Ureña, Rafael Barrett y otros. Continuaré la serie, porque el día en que los españoles se persuadan de que la economía y la moral, en vez de estar en guerra, se identifican en la base, habremos empezado a curarnos de los egoísmos suicidas de las derechas y de las estériles locuras de las izquierdas.

Pero yo me encontré con Rafael Barrett en el que fué el momento crucial de su vida. Seguro estoy de que si ha llegado a ser una figura de la historia de América lo debe a aquella hora. Las gentes de mi tiempo recordarán que hacia 1900 cayó por Madrid un joven de porte y belleza inolvidables. Era un muchacho más bien demasiado alto, con ojos claros, grandes y rasgados; cara oval, rosada y suave, como de mujer, salvo el bigote; amplia frente, pelo castaño claro, con un mechón caído de un lado. Un poquito más ancho de pecho, y habría podido servir de modelo para un Apolo del romanticismo.

Debió de haberse traído de la provincia algunos miles de duros, porque vivió una temporada la vida del joven aristócrata, más dado a la ostentación y a la buena compañía que al mundo del placer. Se le veía en el Real y en la Filarmónica, pero no en Fornos, ni en el Japonés. Vestía con refinamiento y las mujeres le admiraban a distancia. Presumo que de haber caído en París o en Londres se habría casado con una millonaria, que lo habría comprado en matrimonio, como se adquiere un palacete de verano; pero las ricas españolas no suelen adquirir marido sin consejo de gentes que no habrían sentido simpatía hacia las afecciones artísticas de nuestro *dandy*.

El hecho es que Barrett se gastó su dinero, cosa que me parece un error grave, por lo que la buena sociedad empezó a darle de lado, cosa que me parece natural, dadas las exigencias de los tiempos. Lo que ya no estuvo bien es que en vez de decirse a Rafael Barrett que no hay lugar en la *high life* para los chicos pobres, sino cuando son dóciles y humildes, se le inventara la calumnia de que era dado a vicios contra-natura. Rafael Barrett se revolvió contra la acusación. Hizo que las personalidades más eminentes del pretomedicato le examinasen las vergüenzas, así como las del amigo que compartía el oprobio de la acusación, y con el certificado de *naturalidad* en el bolsillo se lanzó a la imposible tarea de buscar a los originadores de la calumnia. En esta busca acaeció la escena famosa, en que Rafael Barrett, látigo en mano, acometió un día de moda en un teatro, con razón o sin ella, a uno de los aristócratas de nombre más encopetado. Ya digo que no sé si tenía razón para el ataque, pero tampoco la tenía el Tribunal de

Rafael Barrett



honor que días más tarde le descalificó. La descalificación me produjo tan deplorable efecto que envié a *El País* una carta en que me borraba de la lista de los caballeros del honor.

Fué entonces cuando le conocí. No vi en él más que a la víctima de una injusticia. Que fuera hombre capaz de sentir las injusticias que los demás sufriesen, no pude adivinarlo, aunque debió de ser la razón de la fuerte simpatía que me inspiró lo que entonces no pudo parecerme sino un señorito despedido de su clase social. Es indudable que la injusticia que se le hizo le abrió el pecho para sentir la injusticia social. El caso es que, al desembarcar a los pocos meses en América, y ésta es ya historia que Armando Donoso sabe mejor que yo, Rafael Barrett era otro hombre. Allí fué donde se le reveló el problema del indio, el del inmigrante desvalido, el del atorronte a quien vió en Buenos Aires escarbando la lata de la basura para recoger un desperdicio hozado y desdeñado por un perro.

—¡También América!—exclamó Barrett. Su exclamación le hizo escribir en los periódicos de Montevideo sus *Moralidades actuales*, clamor de un desesperado, que le valió la protección y la simpatía de José Enrique Rodó. Es un libro que no debe juzgarse como literatura, a menos que se admita, y yo creo que tendrá que admitirse, la existencia de un género literario especial, el profético, que tiene sus clásicos en Jeremías e Isaías y que no ha dejado de dar grandes hombres al mundo desde hace tres mil años hasta don Joaquín Costa. A pesar de todo, Blanco-Fombona me asegura que Barrett, a quien creía paraguayo, era un escritor excelente, incomparable con ninguno de los actuales españoles. Su prosa es tan breve como caústica, tan sencilla como henchida de amargura. Allá va una muestra: «El

miedo es lo que ata fuertemente a los hombres entre sí, y a los hombres con Dios, porque la ira y el encarnizamiento son más humanos que el amor, y Dios, para subsistir en los hombres, debe ser humano ante todo».

Con esta hiel escribió también sus *Cuentos breves*, *El terror argentino* y *El dolor paraguayo*. Escribió estos libros, de que yo no debiera hablar, porque sólo en fragmentos aislados los conozco, corroído ya por la tuberculosis que le mató prematuramente poco antes de la guerra; pero, a pesar de esta ignorancia mía, siento con certidumbre que el hecho fundamental de su vida consiste en haber levantado el velo espeso que cubre la selva suramericana a los ojos del mundo. Otros hombres la han explorado; pero a Barrett le tocó descubrir la existencia y los dolores de los hombres que trabajan en ella. Por él se sabe cómo mueren los más de los peones que en los yerbales de Paraguay se ocupan, cómo se les somete, por la firma de un contrato, a un régimen de esclavitud, cómo el jefe político y el juez niegan al peón la posibilidad de que se le haga justicia contra el capataz. Barrett ha sido, en este sentido, el descubridor de América para los intelectuales americanos, el hombre que les ha hecho avergonzarse de estar pendientes de los erotismos y delicuescencias parisienses, cuando los aborígenes de su continente padecen en la selva más rica del mundo lo que no sufren ni los hijos más pobres de las más pobres tierras europeas.

En descripción de estos dolores escribió Barrett algunas páginas de antología:

«¡La selva! La milenaria capa de Humus, bañada en la traspiración acre de la tierra; el monstruo inextricable, inmóvil, hecho de millones de plantas atadas en un solo nudo infinito; la húmeda soledad donde acecha la muerte y donde el horror gotea como en las grutas... ¡La selva! La rama serpiente, y la elástica zarpa, y el devorar silencioso de los insectos invisibles... Vosotros, los que os apagáis en un calabozo, no envidiéis al prisionero de la selva. A vosotros os es posible todavía acostaros en un rincón para esperar el fin. A él, no, porque su lecho es de espinas ponzoñosas; mandíbulas innumerables y minúsculas, engendradas por una fermentación infatigable, le desecarán vivo si no marcha. A vosotros os separa de la libertad un muro solamente. A él le separa la inmensa distancia y los muros de un laberinto que no se acaba nunca. Medio desnudo, desamparado, el obrero del yerbal es un perpetuo vagabundo de su propia cárcel. Tiene que caminar sin reposo, y el camino es una lucha; tiene que avanzar a sablazos, y la senda que abre con el machete torna a cerrarse detrás de él como una estela en el mar».

Los ayes de Barrett no bastan por sí solos para resolver el problema de la selva. Para que algún día pueda aprovechar el hombre como debe la riqueza de la selva suramericana, riqueza suficiente para que la humanidad entera pueda vivir en la opulen-

cia, hará falta que a su gemido justiciero se unan labores gigantescas de saneamiento y de desecación, que sólo con inmensos capitales podrán emprenderse; pero también el grito de Barrett habrá colaborado al éxito de esta obra. Por sentirlo así le dedica un capítulo en su libro un escritor tan ponderado, tan dueño de sí mismo como Armando Donoso. ¿En qué historia figurarán los preclaros varones que descalificaron a Rafael Barrett en 1902? Me imagino que Caifás, Pilatos y Judas no piden a los cielos otra cosa que la muerte eterna y el absoluto olvido. Y sin embargo, a ellos les

corresponde, en buena parte, la gloria de la fundación del Cristianismo. Y si, como parece, Rafael Barrett está destinado a tener en América, y me atrevería a decir que aun en España, sus secuaces y simpatizadores, ¿podrá negarse a aquellos jueces el mérito de haber clavado en su corazón los siete puñales que lo sensibilizaron, para elevarlo desde la ciénaga del señoritismo hasta las perspectivas de la historia?

RAMIRO DE MAEZTU

(De *El Sol*. Madrid).

Un escritor de España que resucita en América

UN día, años atrás, me cayó en las manos cierto libro donde se hablaba de los yerbales del Paraguay y de la explotación más exasperante y violenta del hombre por el hombre en campos y selvas de América. El nombre del autor me era desconocido.

En principio, nada nuevo, sino el dato paraguayo, se traía a mi conocimiento. La despiadada, la inicua esclavitud del proletario indio en toda esa América que blasona de igualitaria no era un secreto para mí.

La había presenciado—y combatido—en los cauchales del Orinoco, del río Negro, del Casiquiare... En todo el territorio del alto Amazonas, donde parten límites Venezuela, Colombia y el Brasil.

Conocía los horrores de Putumayo, en el Perú, llegados a tan horripilante extremo, que provocaron la protesta de Inglaterra, en nombre de la Humanidad, y la del Pontífice de Roma, en nombre de la Caridad.

No ignoraba la destrucción sistemática del indio en los Estados Unidos y la imitación de tales procedimientos en la Argentina, donde a los arrasadores de rancherías se les titula «héroes del desierto».

Me constaba el drama del indígena en Bolivia: Alcides Arguedas lo pinta *d'apres-nature* más infeliz que los animales de carga. Había leído la historia de Méjico, país en que casi todo el mundo es mestizo y en que casi todo el mundo—comenzando por el sanguinario mestizo oaxaqueño Porfirio Díaz—ha sido lobo para el aborígen.

Recordaba que un insigne hombre bueno, en el Ecuador, D. Juan Montalvo, esculpió esta frase: «Si mi pluma tuviese don de lágrimas, escribiría un libro, *El indio*, y haría llorar hasta a las piedras».

En suma, no desconocía que las repúblicas ultraliberales de la América independiente, sin una sola excepción, han sido hasta ahora tan feroces—en el sentido de explotar, envilecer y destruir por exceso de trabajo, de rigor y de injusticia a los indios—como los más crueles encomenderos de antaño bajo el rey absoluto.

Sabía todo eso. Pero calentaba las páginas del escritor anónimo sobre la esclavitud en los yerbales del Paraguay tanto fervor de justicia, tanta piedad hacia los desvali-

dos; repercutía tan sañudo el restallar de la tralla contra los explotadores; resplandecía todo tan sincero y, literariamente, tan hermoso, que admiré a aquel desconocido.

Lo admiré por sus sentimientos en cuanto hombre y por su estilo en cuanto escritor. «De Méjico al Cabo de Hornos—asegura con razón—reina una tiranía de mercaderes». Y desprecia a aquellos pueblos «el desdén del pobre, el asco del obrero, la delicia de atormentar al débil».

Lo creí paraguayo. El nombre—Rafael Barrett—no decía nada en contrario. ¡Tantos ingleses dejan su nombre y sus hijos en nuestra América!

Inquirí quién era aquel Barrett. ¿Había producido algo más? Por fin me llegaron dos obras del mismo autor, ambas editadas en Montevideo. Estos libros se titulaban: *Cuentos breves*, el uno, y *Moralidades actuales*, el otro. ¡Qué dos libros tan hermosos! Quise ponerme en relación con el autor y requerir su permiso y sus condiciones para que la Editorial-América los publicase en Madrid.

De Montevideo me escribieron—y creo que también de Santiago de Chile—sobre el autor. Había muerto sin dejar familia; las obras podían considerarse como del dominio público. Se le haría un servicio a la memoria de aquel excelente y veraz escritor editándolo en Madrid y dándolo a conocer en España y el resto de América que lo ignorase.

Yo pensaba lo mismo. Editorial-América publicó los *Cuentos breves* y las *Moralidades actuales*, de Rafael Barrett. Busqué alguien que pusiese algunas líneas de presentación al frente de aquellos libros. No encontré: nadie lo conocía.

Cuando aparecieron los *Cuentos breves*, un periódico de París—no recuerdo cuál en este momento—publicó algunos de aquellos relatos, rebosantes de ciencia de vida, de amargura irónica y de hermosura literaria. Como parece que para el francés—caballero condecorado que ignora la Geografía—no existe otra América sino los Estados Unidos, Rafael Barrett, de quien se publicaban las obras en una Biblioteca americana, debía de ser yanqui.

El periódico en cuestión, al publicar el cuento de Barrett, participó a sus lectores que se trataba de «uno de los más eminentes humoristas de los Estados Unidos». Escribí *in continenti* a mi amigo Manuel Gahisto, autor de la traducción, que aclarase el punto: que Barrett era americano, en efecto; pero no yanqui, sino del Paraguay.

¿Por qué tales recuerdos? Los evoca la lectura de la obra de don Armando Donoso, *La otra América*, recién editada por Calpe, y un artículo de D. Ramiro de Maeztu en *El Sol*.

Donoso, el ponderado escritor de Chile hace justicia a Barrett, informándonos de su triste vida, de su obscura muerte y de lo sincero y bravo de aquel espíritu. Maeztu por su parte, cuenta la infamia que lo condujo a las rutas de América. Porque Rafael Barrett, hijo de inglés, era español, de Algeciras, asegura Donoso; de Santander, cree Maeztu. Me inclino al parecer de Donoso, autor que procura siempre informarse concienzudamente antes de emitir opinión.

El estudio que se consagra en *La otra América* a Rafael Barrett lo pone de relieve. En América, donde los más viles o mediocres gacetilleros suelen adinerarse con el editorial ampuloso en que se adula a los mandones o las croniquillas insubstanciales donde se halaga la vanidad de cada país o se disculpa la insolencia de poderosas empresas, Rafael Barrett, escritor de primer orden, vivió muriéndose de hambre y echándose encima el odio de todos. Un día, *El dolor paraguayo* le enajena la voluntad del Paraguay; otro día, *El terror argentino* le cierra las puertas de Buenos Aires y todo el Plata occidental. Pero él no cejó nunca. Fué, como refiere Donoso, «el caso insólito de un hombre que ha hecho sentir la cabal conciencia de la dignidad humana. Nada temió perder ni aguardó nada»... «El solo recuerdo de la vida de Rafael Barrett constituye su mejor elogio».

«Pensó en la imposibilidad de aguardar el advenimiento de la justicia entre los hombres»; pero, «rústico, violento, ásperamente primitivo, siempre dejó oír la voz destemplada de un hombre evangélico arrebatado por las exaltaciones de un nuevo Ezequiel».

En América nadie le tendió la mano sino José Enrique Rodó, que era hombre para comprenderlo y estimarlo. Tal vez conoció en Argentina a Palacios, a Ugarte, a Alberto Ghirardo, revolucionarios y escritores como él; pero, en general, el medio le fué hostil. Vivió errante, triste, pobre, paseando su tuberculosis y su máscara hombría de bien de país en país. No tuvo más escarcela que su pluma de periodista, comentadora de la vida cotidiana. De su contacto con la vida de todos los días nacieron sus *Moralidades actuales*. ¿Cuántos periodistas de nuestra lengua, ya en América, ya en España, serían capaces de libro semejante?

«Cuanto más segura se acercaba la hora inevitable, más sentía él la necesidad de vivir». «Iba con su valija apretada de origi-

nales». Creyó encontrar la salud en Europa. Rodó le ayudó a conseguir mil o dos mil pesos. Se fué a Arcachon. «Una mañana, en su precario cuarto de alquiler, le encontraron rígido».

Pobre Barrett, «sobre cuya memoria pesa un silencio peñado de cobardías», concluye Donoso.

* * *

Esa nube de cobardías empieza a disiparse. El tiempo y hombres de buena voluntad reivindican poco a poco la memoria y la actuación intelectual de aquel hombre, que pareció haber nacido bajo el signo de Saturno.

Maeztu contribuye a esa reivindicación con su artículo de *El Sol*. Lo pinta como hombre físicamente muy bello. Aquel joven alto, rubio, tan bien apersonado, «hubiera podido servir—dice—para modelo de un Apolo romántico». Figuró en los círculos de la aristocracia desde su arribo a Madrid. Demasiado soberbio, no consintió en venderse a una señorita ricachona; pero las damas lo miraban con ojos golosos. Era señor y dueño de las sonrisas femeniles. Los hombres, naturalmente, le declararon la guerra. Belleza, inteligencia, altivez, juventud, salud..., era demasiado. Debía caer el *Apolo romántico*.

¿Cómo desprestigiarlo? Sordos rumores anónimos empezaron a correr. El Apolo era casi una Venus, Barrett, un anormal, vicioso contra natura. Entonces, aquel joven impetuoso, leal, quiso cobrar caro, por sí mismo y de manera insólita, la ofensa inmerecida. Hizo reconocer su masculinidad por varios próceres del protomedicato madrileño, y con su certificado en el bolsillo buscó al duque a quien creía divulgador de la calumnia, le restregó el papel en los labios y le cruzó el rostro a fustazos. Le estuvo dando hasta que se le cansó el brazo.

Después se ausentó de España para siempre. El nombre de España nunca volvió a su boca ni a su pluma con resonancia de simpatía.

Se había repetido en la Península el caso del *Quijote*: los duques haciendo befa del ideal.

¡Parece mentira que tan nauseabundas y desleales tretas prosperasen en las más brillantes zonas de una sociedad culta, con acendrado espíritu crítico! Armas de tal jaez debieran ser patrimonio exclusivo de aquellos pueblos de América de más refinada barbarie. Allí donde la política lo envenena todo, incluso el hogar, y se atreve a todo, incluso el honor.

¿No se vió años atrás en alguna de esas barbarocracias a plumas de alquiler escribir un folleto anónimo al Gobierno de la República, imprimirlo en la Imprenta Nacional, y a ministros diplomáticos, cubiertos de condecoraciones, repartirlo profusamente en el extranjero? Y todo, ¿para qué? Para calumniar, como a Barrett, a hombres puros, a enemigos intachables, de vida diáfana, de existencia de sacrificio y altivez. A hombres a quienes nada pudiera reprocharse

ostensiblemente; los mejores entre los buenos, la flor de la tierra.

La justicia tarda; pero al fin llega. Ya apunta para Rafael Barret. Plumas honradas se emplean en acelerar el advenimiento del resplandor justiciero.

Desde Abel hasta Juana de Arco, y desde Juana de Arco hasta Barrett, la historia es la misma. Primero, la quijada del asno, la hoguera, la calumnia... Después, aunque a veces muy tarde, el homenaje de admiración y reconocimiento para los que fueron seres de virtud, seres de veracidad, seres de sacrificio, naturalezas heroicas.

R. BLANCO-FOMBONA

(*La Voz*, Madrid).

Señas de escritores

(Cambios. Firmas nuevas)

Alvaro Yunque. Estados Unidos, 1824. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Antonio Iraizos. Santa María del Rosario. Habana. Cuba.

Luis López de Mesa. Medellín. Colombia.

J. Natalicio González. Asunción. Paraguay.

Rosalina Coelho Lisboa. Payssandú 55. Río de Janeiro. Brasil.

Manuel Ugarte. 54, Rue Saint-Philippe. Nice. France.

José de la Cruz Herrera. Ap. de Correos 637. Panamá. R. de P.

Xavier Villaurrutia. Sinaloa, 72. México, D. F. México.

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Jiménez. Pasaje Al lado de la Botica Oriental
Ofrece a sus clientes y al público
en general un surtido de casimires
en gabardinas.

Club en series a \$ 3.50 semanales.
Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios
para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina
Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América.

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción
y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.

Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

Esto reza con las empresas periodísticas costarricenses

Los diarios de Costa Rica debieran enviarse a la New York Public Library

New York, 14 de octubre de 1926.

Señor don J. García Monge,

Director del REPERTORIO AMERICANO,
San José de Costa Rica.

Muy señor mío:

No somos pocos los que andamos, a la continua, en pos de cuantos impresos vienen a la NEW YORK PUBLIC LIBRARY, de las metrópolis de este Hemisferio, a fin de estudiar, por el sistema comparativo, el movimiento social de las ideas. Y como Costa Rica, a pesar de su brevedad geográfica, se recomienda a sí misma, tanto por la cordura y progresismo de su pueblo, cuanto por la gracia de sus mujeres y la coordinación científica de sus instituciones, de ahí el que no podamos resignarnos a pasarla por alto. Solamente REPERTORIO AMERICANO, que carece de color local, puesto que «concreta—como diría Rubén Darío—el decir de todo un continente», se recibe y clasifica su calidad de semanario costarricense. Meses atrás solía aparecer, allá de tarde en tarde, un diario josefino que se intitulaba *La Prensa*, el cual era más bien político que social, y exponente, antes de bando, que del conjunto normalmente armonioso de la República.

Yo me permito, por el ameritado conducto de usted, excitar, atentamente, a la prensa vernácula para hacerse representar acá, por medio de un órgano que registre regularmente las pulsaciones del alma nacional. THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY se señala por su espíritu de orden, eficiencia e innovación metódica—para no hablar del tesoro libresco, manuscrito y pictórico que usted, a fuer de publicista y Director de Biblioteca Pública, hartó ha de conocer.

Mi sugestión no implica, es claro que no, un envío de favor, a título gratuito, de periódico representativo, pues el Centro a que me contraigo ahora, tiene gruesa partida de su presupuesto de egresos, asignada para el pago de suscripciones de esa índole. No obstante esta última circunstancia, estoy cierto de que se expeditará el trámite de calificación reglamentario, si usted se dignase apadrinar el envío, en la seguridad de que yo, en el muy improbable extremo de que fuese ello menester, lo secundaría dirigiéndome, verbal o expresamente, al Director de dicha Biblioteca. Soy de él bien conocido por virtud de mi actuación en los órganos de la prensa newyorkina que hablan español, francés o inglés.

Seguro de recibir noticia de su manera de pensar a ese respecto, ya que su semanario es muestra indubitable de la accesibilidad y cortesía de su Director, me es honroso ofrecerme a las órdenes de usted muy atenta y respetuosamente,

ARIEL CONTO

Hotel Times Square, 43 rd. St. West
of Broadway, New York City, U. S. A.

Una hora con Pedro Prado

(Viene de la página 312)

porque sé bien lo caro que me cuestan los versos de amor que he escrito».

Salimos de este tema escabroso y volvemos a mirarle como hombre de letras:

—Manuel es, sin duda alguna, el único hombre humilde que he conocido en mi vida. No creía en su obra, no confiaba en sí mismo. Creía que sus versos eran algo mediocre, pequeño, sin sentido, sin valor. No era absolutamente una postura suya este sentimiento; era algo íntimo, inalienable. Cuando se publicó en Costa Rica su *Florilegio* (1) yo escribí unas cuantas líneas para presentarlo al público extranjero. Se las leí en su casa de San Bernardo, y me sorprendió mucho, al terminar, su silencio. «¿No te gustan?», le pregunté. Entonces él me respondió: «¿Tú crees eso que has escrito?» «Claro que sí», le respondí. «Cuando lo leías, yo creí que te estabas refiriendo a otro», me respondió. Es cierto que tampoco creía en los demás; pero el menosprecio de su propia obra era de la mejor ley, sincerísimo.

«Tenía, además, Manuel, una cualidad que abunda muy poco en los hombres: amaba a sus semejantes. Hay individuos que hacen obras de caridad o de filantropía y regalan dinero para los pobres y los enfermos. Pero en realidad, no aman a los enfermos ni a los pobres, y a veces hasta los desprecian. Manuel no. Manuel era desprendido porque sentía amor por los demás, especialmente cuando los veía desvalidos y tristes. Era un hombre a quien los bienes propios no le merecían el menor respeto. Tenía algún dinero, pero no lo manejaba. Siempre se le veía sobrio, correcto, igual. Era un hombre que no pesaba. Salíamos a veces a caminar por el campo, y mientras a mí se me ensuciaban los zapatos, él parecía haber caminado por un salón. Yo no sé cómo andaba que siempre conservaba ese aspecto de acomodo y de limpieza pulcra que lo distinguió siempre.

«Una vez me dijo que se había mandado a hacer un traje, porque el anterior estaba muy viejo. Yo no se lo había notado viejo; pero lo curioso es que andaba con el nuevo y éste tampoco parecía nuevo. No envejecía, no gastaba nada.

«Es bien sabido que sentía una excepcional simpatía por las ideas sociales más avanzadas, y por esto tenía muchos amigos obreros, anarquistas, socialistas, etc. Estaba de acuerdo con ellos en parte; pero decía que iba más lejos y que aquéllos estaban atrasados. «¿Por qué estamos atrasados?», replicaban sus amigos, y él les respondía: «Ustedes persiguen que todas las cosas sean de todos, ¿no es así? Pues eso a mí no me interesa. Lo que quiero yo es que mis cosas sean de los demás. Yo no quiero nada para mí».

«—Hay—nos dice el poeta en seguidas— dos formas de liberación: o poseerlo todo o no poseer nada. Manuel había escogido

la segunda. Escribía en una mesa pobre, insignificante. Sus libros estaban por cualquier parte. Tenía un concepto nulo de la propiedad y no poseía el más mínimo egoísmo. Si un amigo iba a su casa podía tener por seguro que cualquier cosa de ella era suya, sin protesta, sin sentimiento alguno de Manuel. Si uno le prestaba algún libro no se lo devolvía más porque tampoco sabía él cuándo prestaba algo ni menos se acordaba de pedirlo. Esta generosidad, este desasimiento de las cosas eran, por cierto, de pésimas consecuencias. Su señora tenía que manejar el dinero de la familia porque sino las cosas habrían andado muy mal. El le pedía para sus pequeños gastos de cigarrillos y de tranvía, y no le hacía falta más».

El autor de *Alsino* prepara actualmente una conferencia sobre San Francisco y se halla empapado del espíritu franciscano, por el reciente repaso de la vida y de la obra del santo. En Manuel Magallanes ve el espíritu del pobrecillo con extraordinario relieve. Luego nos dice:

—Para Manuel la cortesía no era lo que para la mayoría. Por lo general los hombres preguntamos por los demás para ver modo de llegar a pensar en ellos merced al acto de la cortesía. Manuel seguía el camino contrario: si preguntaba por los demás, si a mí me hablaba de mis niños, por ejemplo, era porque los quería. Una vez me encontré con él en el centro, después de mucho tiempo que no lo veía. Hablamos de diversas cosas, y al fin, cuando ya nos despedíamos, me dijo: «Tengo aquí unos lápices de colores. ¿Por qué no se los llevas a tus chicos para que se entretengan?».

El poeta nos muestra algunas cartas de su amigo, escritas con su letra derecha, redonda, clara. En una de ellas vemos una fecha que es importante para la vida de estos dos amigos: el 8 de noviembre. El 8 de noviembre de 1878 nació Manuel Magallanes; un 8 de noviembre murió el padre de Prado; otro 8 de noviembre, en fin, nació el hijo mayor del autor de *Androvar*. Es una serie de coincidencias digna de mención. En la carta que nos muestra el poeta le dice que ha cumplido 39 años «pero con eso y todo le parece que comienza a vivir».

Pocos momentos después llega al escritorio el pintor Franco Paolantonio. Hablamos de otras cosas hasta que pasamos al comedor. Allí nos esperan la señora de Prado y algunos de sus hijos: Pedro, el primogénito, mozo de 15 años; varias niñas de rubios cabellos y de caras ingenuas. Al fin del almuerzo se hace una larga sobremesa y se habla de arte, discutiendo con algún entusiasmo sobre la deshumanización del arte actual. Como siempre, la discusión es inútil porque nadie convence a nadie. Pero el poeta nos cuenta la siguiente parábola que ha escrito hace poco y no ha publicado todavía:

—Un rey buscaba la belleza pura, decep-

cionado de hallarla siempre mezclada con elementos extraños. Abrió un concurso para que se le diera lo que perseguía con tanto ahinco, y se presentaron tres hombres a ofrecerle la belleza pura. El primero le dijo que en su país había una alta montaña que era la mayor belleza que habían visto sus ojos. El rey le replicó que estaba cansado de ver montañas y que lo que él quería era la belleza pura, sin mezcla alguna. Partió el individuo para traerle al rey una muestra de esa belleza. Otro le dijo que había leído un poema que era el más bello que conocían los hombres. El rey le dijo que le trajera de él lo más bello, porque lo que perseguía era la belleza pura, sin mezcla. Otro, en fin, le dijo que conocía a la mujer más bella que se viera jamás. El rey le preguntó si era bella toda ella o si tenía unas partes más bellas que otras, y terminó pidiéndole que se la trajera para verla. Cuando volvieron los concursantes, el primero trajo un trozo de roca pequeño, igual a todos los guijarros que se hallan en las montañas. Era el pináculo de la montaña más bella del mundo. El segundo trajo unas cuantas palabras que no valían más que las que pronunciamos continuamente; eran el trozo más bello en el más hermoso poema que escribió mano humana. El tercero no traía nada, y dijo así al rey: «Señor, yo te dije que conocía a la mujer más bella del mundo. Todo en ella es hermoso, pero sus ojos son lo más hermoso de todo. Pensé traértelos, pero luego ví que desprendidos del marco divino de su cuerpo no habrían sido más que otros ojos. Por eso no te traje nada.

Termina el poeta y nos quedamos gustando el valor de su parábola, a la vez que meditamos en la lección que en sus palabras se esconde.

Es media tarde: llegan dos amigos más: Alfonso Leng, el músico, y Agustín Cannobio, profesor y diputado. Se habla de muchas cosas, hasta de política. El señor Cannobio trae para los niños de Prado unos globos que vamos a elevar a la torre que corona el trozo del edificio en que se han de instalar los departamentos de los X: el claustro, la Basílica, la biblioteca, el patio de meditación. Luego vamos al huerto y jugamos como niños junto a los hijos de Prado. Cuando volvemos al patio de la casa, junto a la fuente en que se alza un chorro de agua fresca, Prado nos dice:

—Falta alguien. Como hemos hablado tanto de Manuel, se siente que él no está con nosotros y parece que lo hubiéramos dejado en el jardín.

RAUL SILVA CASTRO

(El Mercurio, Santiago de Chile).

EL ESTUDIO

Revista mensual. Órgano de la Sociedad de Estudios de Psicología Experimental.

San José de Costa Rica

Apartado 544

Director: Francisco Roldán Hidalgo.

Precio de suscripción: ₡ 0.25 el número

1 Ediciones del *Convivio*. San José de Costa Rica, 1921.

La creación artística y los críticos de Cervantes

Américo Castro acaba de editar como anejo de la *Revista de Filología Española* que dirige en Madrid el ilustre escritor don Ramón Menéndez Pidal una obra de atildada erudición y de originalidad muy fina sobre *El pensamiento de Cervantes*. Eduardo Gómez de Baquero, Luis Araquistain, Enrique Díez-Canedo y Jiménez Caballero han dedicado a este volumen artículos de la más interesante lectura, no siempre inspirados todos en una leal voluntad para el autor, pues la independencia de Américo Castro le ha restado afectos en España y algo hay, todavía incierto, en el terreno de la anécdota que podría ser el verdadero origen de alguna de las críticas de que su obra ha sido víctima.

La importancia de la documentación, la audacia de la exégesis y la solidez de la estructura hacen de este libro un material sustantivo para la crítica y colocan a Américo Castro en un plano superior al que ocupó hasta ahora como autor de minuciosos tratados de erudición y de bibliografía y de prólogos excelentes a los clásicos que ha editado *La Lectura*.

Ante los problemas de la estética la más peligrosa de las actitudes es la actitud inactual. Nada abarca quien todo lo quiere retener: el pasado, el presente y el porvenir de las inquietudes del arte. Por eso es preciso que cada generación revise los valores adquiridos. Sólo entonces los hará suyos con el mismo deleite con que la nutrición trueca en gracia y fuerza de músculo, en esplendor de idea, en delicada red de sensibilidad lo que antes fuera una simple sección de materia inanimada.

Los autores de todas las épocas suelen, por desgracia, no serlo de ninguna en particular. Irradian un destello tan vivo que no es posible contemplarlos sino a la luz indirecta del espejo que propone la crítica: lo que dejan entonces en la memoria, como el sol, es un hueco de oscuridad.

Cervantes ha sufrido esta clase de culto. Los fieles se acercan a él con tan tímida devoción que, de sus observaciones personales, poco es lo que nos entregan en última instancia; se conforman con repetir el texto de una oración consagrada por el uso. Pero ¿es que observan algo en realidad? Al leer las páginas numerosas, ricas de sentido inteligente del libro de Américo Castro da miedo pensar lo poco que se ha adelantado en la penetración del espíritu de Cervantes. El procedimiento que ha puesto en boga Pirandello en el teatro hace falta a la crítica. ¡Hacer surgir por acierto de mágica evocación el drama efectivo del personaje! ¿Y quién se ha atrevido a hacerlo en el retórico panorama de la crítica cervantina? Donde había un hombre—al revés de la parábola de Darío—la carne se ha ido a poco convirtiendo en mármol y la

preferencia por el contorno neto de la estatua ha hecho desaparecer la alegría, la intensa alegría viva del ademán.

El análisis de lo escrito sobre Cervantes da este resultado fundamental: la hipótesis del milagro. Se empieza por afirmar la incapacidad ideológica de Cervantes y, por prestidigitación, se hace enseguida derivar de él toda la simbología de un continente, de una raza. Algo hay en el genio del que descubre una mina. Tropieza con el cuarzo de un metal precioso y la humanidad lo aprovecha luego y lo agota. Pero no todo es fortuna en el genio ni el acierto reiterado es simple fruto de la casualidad. Presentir las riquezas ocultas es un arte—a veces una ciencia—y Cervantes ejerció ese arte y poseyó esa ciencia con seguridad muy firme. El *Quijote* no es una enciclopedia pero ¿es acaso sólo una novela para reír? Y si no lo es ahora, como claramente se deduce de la importancia filosófica y del sentido espiritual con que la humanidad lo ha ido saturando ¿lo era acaso al salir de pluma de su autor?

Ni la generación romántica de la crítica alemana ni el escueto módulo de la interpretación de Menéndez y Pelayo nos dan la clave de la obra de Cervantes. Ambas pecaron por exceso de confianza en sí mismas y, en vez de trabajar con datos ciertos, se contentaron con elaborar el material de una tradición favorable a la elocuencia.

La culpa de esta incompreensión la tuvo el siglo XIX. Durante esa época los valores se hicieron románticos. Los contornos, antes precisos, se perdieron como los de las figuras que una mano perezosa recorta en el vaho que empaña un cristal frío. A través de este vaho algo quedaba, imagen de retoñado jardín, frescura y color de la realidad percibida por Cervantes. Pero era aquella la edad de la inspiración recién nacida. Se creía en los amores fatales y en la incultura del genio. Los impreparados, que la democracia promovió a las dignidades de la política, se adueñaron también de la cátedra. La monstruosa ambición del *William Shakespeare* de Hugo se podría descubrir, más tímida, en obras que hasta ahora parecen haber sobrevivido a la bancarrota de esa falsa cultura y es así como la idea de un Cervantes indocto sedujo más a los románticos que el conocimiento de un Cervantes reflexivo.

«Sin espíritu crítico—decía Wilde—ninguna producción artística merecería este nombre. Ese delicado espíritu de selección por el cual el artista crea la vida y le da a nuestros ojos momentánea perfección, este hábil talento de omitir no es otra cosa

que la facultad crítica considerada desde los puntos de vistas característicos. Quien no la posee, no podrá crear obras de arte».

Sé que estas conclusiones, como a todas las de Wilde, es costumbre calificarlas de simples paradojas, pero hay algo más que un reto a la clasificación retórica de los géneros literarios en esta frase y sería estimarnos en poco el no estimarla. Sé también que la tesis de la subconciencia artística ha sido explotada a todo despropósito. Los ejemplos de Haydn instalando su piano en una pradera con sol en la que «el idilio de los aromas» lo excitaba al trabajo, de Schiller que llenaba de manzanas maduras los cajones de su escritorio, de Flaubert que por un procedimiento de fácil hipnotismo visual concentraba el caudal de sus observaciones en la concepción torturada de *Mme. Bovary*, son clásicas en la historia de las manías. ¡Qué festín para la imaginación recoger en la música de Haydn la soleada alegría de las praderas alemanas, pero qué poco nos aclara la anécdota los antecedentes lógicos de una conciencia artística! El genio no prevé todos los resultados de la obra que produce pero no es genio si no encuentra conscientemente la dirección que seguir. Después de todo, lo admirable en la historia del descubrimiento de América no es el descubrimiento, mero hallazgo en que la naturaleza se conoció un poco más a sí misma, sino la voluntad de Cristóbal Colón puesta al servicio de una ruta sabiamente presentida. El genio pudo tropezar, en el camino, con un continente inesperado, pero no había de descubrir la América sino quien fuera capaz de llegar, por el Occidente, hasta la India.

El esfuerzo del poeta, del escultor, del músico, se ha estudiado habitualmente como un fenómeno de creación pura. La psicología, cuya aparición como sistema científico, a mediados del siglo pasado, es una de las curiosas consecuencias del positivismo, define los tiempos con un criterio simplista. Dice *imaginación creadora*, pero ¿sabe acaso todo lo que la imaginación que crea ha tenido que suprimir, para crear, en el material acumulado de las imágenes? Crear es, desde este punto de vista, no el equivalente de creer como supone el lema de «Lámparas en Agonías», sino una acción vecina de criticar. Se empieza por escoger el asunto de un poema lírico: surge la *circunstancia* goethiana. La selección de las rimas, del metro, de las imágenes significa la omisión—¡qué dolorosa a veces!—de todo lo que no es el material inmediato, el único útil en el minuto interesado de la creación.

Elogiar a un artista como Cervantes por lo que no quiso hacer es ignorar su talento de novelista y, en el fondo, gustar escasamente del *Quijote*. Causa admiración la confiada ligereza con que los escritores modernos han aceptado las burlas que los contemporáneos dirigieron, durante su vida, a Cervantes por la falta de positiva preparación técnica. Nunca han sido los contemporáneos amigos de la justicia y la crítica

debería por ello pesar mucho sus opiniones antes de reconocerles validez. Cervantes se equivocó al ceder el lugar más visible entre sus obras a *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda* y a aquella segunda parte, nunca aparecida, de la *Galatea* con que pensaba agradecer la protección del Conde de Lemos, pero este error, muy frecuente entre los escritores (a quienes interesa, más que la obra en sí, la anécdota, el contenido vital que derramaron en ella y las atractivas o desagradables circunstancias en que la escribieron), no oscurece un punto el mérito del *Quijote* para cuyas páginas quiso y esperó siempre Cervantes la más dilatada divulgación.

Como en el retrato que La Bruyere trazó del carácter del Gran Condé, la crítica ha encontrado hasta ahora en Cervantes todas las grandes virtudes. La obra de Américo Castro inicia, en este sentido, una reforma. En adelante, habrán de detenerse un poco más los comentaristas a analizar las pequeñas, las preciosas pequeñas cualidades de un escritor para quien el *Quijote* no fué el premio de una lotería, sino la recompensa de una meditada reflexión y de una piadosa filosofía humana.

JAIME TORRES BODET

S/c Altamirano, 116.
México, D. F. México.

La voz de la Liga Nacional Nicaragüense ⁽¹⁾

A la Revolución Constitucionalista, Pueblo de Nicaragua,
Ligas Obreras de Centroamérica, México y EE. UU.

EL actual momento histórico de nuestra patria, Nicaragua, es de vida o muerte: rota la Constitución y los Pactos de Washington por el Gobierno de EE. UU., al imponer como Presidente al Sr. Adolfo Díaz, y pedida por éste la intervención de la Armada Norteamericana para consumar el crimen de una paz esclavista en nuestro suelo, al pueblo nicaragüense le queda solamente escoger uno de estos caminos: o ir a la esclavitud por sus propios pasos y extender las dos manos juntas para que el conquistador yanqui le ponga las esposas, o marchar a los campos de batalla para defender su libertad con el arma en la mano, limpiar la conciencia, erguida la frente y con la justicia en su corazón para salvar su nombre ante la raza, la posteridad y la historia.

A NUESTROS HERMANOS LOS OBREROS y pueblo de Centro América les decimos: estad con nosotros en esta hora de nuestro calvario: si no podéis ayudarnos con vuestra sangre porque os lo impidan los hombres que os gobiernan, ayudadnos tan siquiera, dándonos alientos, fuerzas, por medio de la tribuna, la prensa, la protesta, ya que somos hermanos por la raza, por la lengua, por la geografía, por nuestras comunes aspiraciones e ideales, y en fin, por el socialismo de la época que hace solidarios a todos los hombres de todas las razas, en su anhelo de vivir una vida mejor, material y espiritualmente.

A LOS OBREROS Y PUEBLO MEXICANOS les decimos también: Vosotros sois nuestros hermanos mayores en la raza. Desde vuestra atalaya habéis descubierto el camino tortuoso que trae el conquistador yanqui para sorprender a estos pueblos, y habéis dado

la voz de alarma a toda la América Latina. Ayudadnos a defender nuestra Constitución, nuestra justicia y nuestra propia dignidad escarnecidas por el actual gobierno de Estados Unidos, ya que sois más grandes y más viriles que nosotros y que tenéis mayor conciencia de la libertad. Vuestra voz es oída por todos los pueblos de nuestro continente y del mundo entero. Decidles, con toda vuestra franqueza, con todos vuestros recursos espirituales, cómo el capitalismo yanqui que trata de humillar a la Europa misma, ha ultrajado la soberanía de un pueblo débil y la dignidad de Centro América por medio del Secretario de Estado norteamericano Mr. Kellogg.

OBREROS Y PUEBLO NORTEAMERICANOS: Vosotros sabéis lo que vale la libertad: la antorcha de la estatua que tenéis en la bahía de Nueva York parece decir a todos los peregrinos de la tierra que se acercan a vuestras playas: aquí impera la libertad. Si esto es cierto, ¿por qué permitis que vuestros banqueros y vuestros gobiernos lleven la esclavitud vergonzosa del capitalismo a un pueblo débil y diminuto como Nicaragua? Si en vosotros reside la soberanía de vuestra gran República, ¿por qué no ayudáis a este pueblo proletario, hermano del vuestro por el nombre, las instituciones democráticas y el ideal que une a todos los obreros del mundo en la lucha contra el capital centralizador? Vuestros representantes en el Senado Norteamericano pueden desviar el curso de la política imperialista de vuestros gobiernos relativa a estos países indolatinos, si vosotros lo pedís. Vuestro porvenir está en nuestras tierras vírgenes. A ellas podéis llegar con toda confianza, si venís con vuestra civilización, vuestras industrias, con la antorcha del bien en la mano; pero no permitáis que los mercaderes de vuestro templo lleguen a nosotros a comprar nuestra libertad con unos

cuantos millones de oro, porque la soberanía del pueblo más infeliz del planeta no se cotiza con dinero, sino a costa de sangre y de dignidad.

A VOSOTROS, SOLDADOS CONSTITUCIONALISTAS, os decimos: estad firmes en vuestros puestos al pie de nuestro pabellón; ha llegado el momento de poner a prueba vuestro valor y vuestro patriotismo, porque se avecinan los instantes de vengar la sangre que en 1912 nos hicieron verter las balas norteamericanas; en aquel entonces éramos un ejército aniquilado, hambriento e inerme; no obstante eso, en la última hora del sacrificio, nuestras postreras balas derramaron la sangre de aquellos soldados mercenarios, que el mismo Adolfo Díaz hizo desembarcar en nuestro hogar.

Hoy estamos armados y con la justicia por coraza en nuestros pechos; si el yanqui vuelve a ultrajarnos, uníos como un solo hombre y no le presentéis batalla ninguna; hacédle guerra de montaña, matadlo en la emboscada, entre los matorrales, por entre las espesuras de nuestras selvas, para que esta vez sepa lo que vale la autonomía de un pueblo digno y libre.

Si sucumbís en razón de la fuerza del más grande, tened fe que después de vosotros habrá algunos de vuestros hermanos que sabrán castigar con dignidad y valor a los traidores a la patria y aquellos diplomáticos extranjeros que válidos de su poder hicieron causa común con los Adolfo Díaz para la venta en comandita de nuestra Santa Libertad.

LUIS F. IBARRA,
Presidente.

Dr. Marcelino Delgado; Dr. Desiderio Barreto; G. Vivas Lacayo; Manuel Melo, venezolano; Ramón Vargas Hicher, venezolano; Jorge Cárdenas, colombiano; Luis Cárdenas, colombiano; Manuel A. Montoya, colombiano; José Ma. Pereira, costarricense; Oscar Martínez, costarricense; Arturo Mora, costarricense; Félix Alvarez, colombiano; Humberto Caracas; Isaura de Esquivel; R. Rojas Vincenzi, costarricense; Manuel Aguilar; H. von Bullock, costarricense; José A. Sánchez, costarricense; David Rizo; Armando Barreto; Francisca Glenton; Rodrigo E. Bohórquez Huete; Francisco López; Gonzalo Navarro; Rubén Corea, costarricense; etc. etc.

NOTA.—*Siguen más firmas de nicaragüenses y costarricenses. Estos últimos, como los demás centroamericanos y sudamericanos que firman esta protesta, son solidarios con el pueblo de Nicaragua en la hora suprema de su libertad.*

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro
Apartado de Correos 293
Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año,

(1) En hoja suelta salió este documento. Por falta de espacio, sólo sacamos 25 firmas de las 175 hispano-americanas que lo han suscrito.

En el Arca de Noé

Por SAMUEL GLUSBERG

Para el REPERTORIO AMERICANO

LA aparición de la *Antología de la Poesía Argentina Moderna—1900-1925—* ordenada por Julio Noé con notas biográficas y bibliográficas, ha sido la comidilla literaria del año 1926. No sólo ha merecido numerosos artículos, sino también provocado en todos los ingenios el fácil y obligado chiste del Arca de Noé. No lo pienso repetir en igual sentido. A mí, en verdad, el arca bíblica me evoca cosas muy distintas... Yo no he tenido, como *le petit Pierre* y otros chicos burgueses, la fortuna de poseer una Biblia con ilustraciones.

Cuando niño aprendí a deletrear la milagrosa fábula en una vieja Biblia hebrea. Y de tanto repetirla, versículo tras versículo, sólo conservo una melopea inolvidable... Igual resultado, lo confieso, obtuve en la escuela profana... Allí aprendí con idéntico entusiasmo aquella vieja ronda que empieza:

«En el arca de Noé
todos caben, todos caben,
en el arca de Noé
todos caben y yo también».

Pero tampoco recuerdo más que esta estrofa y su música. Por tanto, en lugar de un jardín zoológico, el remoto símbolo de la Biblia, me evoca una doble melodía...

Con todo, como metáfora de la «vieja insensibilidad» la fácil del Arca de Noé con tres puntos suspensivos, no me parece mal. ¿Acaso no viajaban en aquel fantástico rotomotor toda especie de pájaros? ¿Por qué, pues, hemos de llamar animales únicamente a los «moradores de tejas arriba?» ¿No se compararon también los poetas de todos los tiempos con otra clase de bichos? Alfonso Reyes tiene en *El Cazador* un precioso ensayo sobre volatería literaria. Ahí dispara contra todos los pajarracos poéticos de España y América. Y aunque olvida el halcón de nuestro Enrique Banchs (tenemos *El Cascabel* demasiado bien guardado) vale la pena perdonarlo. Otro gran espíritu crítico, don Enrique Díez-Canedo, también mentó últimamente el cóndor, el cisne y el buho al ocuparse de un poeta americano. No hay, pues, ofensa en comparar a los humildes animalitos de Dios. Animal, si no fantaseo como los filólogos, es un derivativo de ánima. *Animula, blandula, vagula*. ¿Qué otra cosa es un poeta verdadero?

Claro que también los hay algunos no muy blandos. Pero no está bien que ellos salgan a hacerle chistes al doctor Noé. Quede eso para sus colegas editores, críticos y prosistas de mal humor. Justamente porque he frecuentado—ay de mí—todos esos oficios me creo con derecho a borrar aquí algunas observaciones pertinentes. Desde luego, sin ánimo de molestar a nadie y menos al colector de la Antología que incita amistosamente a que lo «enjuicien»... Repito, que lo hago de buena fé y sin doble intención. Yo no soy humorista. El señor Nalé

Roxlo que lo es para «Don Goyo» me rechazó no hace mucho una colaboración humorística. ¿Se quiere una prueba mayor de mi seriedad?

Leopoldo Lugones.

Leopoldo Lugones inaugura la Antología de Noé con diversos poemas que ocupan nada menos que sesenta páginas. Eso, dicen, no está bien. Por mi parte, encuentro muy justo que el doctor Noé haya destacado así al maestro.

Lugones, es, según la vieja definición del doctor Mauricio Nirenstein, «il condotiero» de la poesía argentina. Y aunque Lugones influyó e influye la obra de algunos poetas muy a pesar de ellos, no traduzco «el dictador» porque la palabra me es antipática. Además el maestro reniega la cátedra: prefiere ser un profeta de la política internacional... Y tal vez tenga razón. Las calamidades por él anunciadas se cumplen. Pero yo creo que después de su muerte los jóvenes poetas argentinos seguirán ganando premios en su nombre. No batallas...

En verdad, Lugones al frente de la Antología me hace el efecto de un Richard Strauss delante de una orquesta que ejecutara también sus propias obras. Lástima grande que el doctor Noé nos lo presente sólo en actitud de recibir aplausos. Me hubiera gustado un heroico retrato de espaldas. Un Lugones encogido de hombros como Hugo, y escribiendo, también como él, de pie, *Las Montañas del Oro*. A mi juicio, debió el doctor Noé poner primero la *Introducción* de aquel libro juvenil. Y también aquella *Laudatoria a Narciso* que anuncia ya la flauta de *Los Crepúsculos del Jardín*. ¿Qué importa que tales poemas sean de 1896? Los dos sonetos *Delectación morosa* y *Océanida* arrancados de *Los doce Gozos*, ya históricos en la literatura americana, son también anteriores al novecientos. De 1898. Esto último lo probó no hace mucho Horacio Quiroga⁽¹⁾. Hasta es posible que *El Solterón* sea también finisecular. Pero yo no quiero reprochar al doctor Noé su criterio. Aplaudo el acierto con que eligió este último poema. También me parece plausible la inclusión de *Los cuatro amores de Dryops* y sobre todo la revelación de *Los Burritos* que pertenece a los tan esperados *Poemas Solariegos*. Aunque escrita hace veinte años, esa poesía contiene todas las virtudes y limitaciones de la estética lugoniana: originalidad, ternura, imaginación, vuelo lírico, paisaje, humor, técnica perfecta, audacia y efectismo. Con todo, yo lamento de veras que falte en la Antología lo más característico del *Lunario Sentimen-*

tal, lo más fuerte de *Odas Seculares* y lo más sentido de *El Libro Fiel*. Creo también que en vez de las dos composiciones idénticas de *El Libro de los Paisajes* era preferible, como ya lo indicó con muy buen gusto Pedro Henríquez Ureña, el *Salmo Pluvial*. A mi entender, falta asimismo de *El Libro de los Paisajes*, la *Sonata Primavera* y *Olas grises*. Las dos son superiores a *El oro del otoño* que tiene dos estrofas finales tan nobles.

Más representativas de *Las Horas Doradas* son a mi juicio, *El Dorador*, *Claridad triunfante* y *La estrella y el ciprés*. Yo los hubiera puesto en lugar de la *Balada del fino amor* y del soneto *Alma venturosa* que repiten al Lugones de *Los Crepúsculos del Jardín*. Como que son de aquella época. En verdad, para hacer una selección que refleje bien por qué en la obra poética de Lugones se hallan los antecedentes de casi toda la moderna poesía argentina se necesita una Antología personal del maestro. Algún día yo pienso tomarme ese agradable trabajo. En tanto voy a seguir hablando de los poetas que figuran en la Antología del doctor Noé y en primer término del que es, siguiendo el símil de la orquesta, nuestro primer violín.

Enrique Banchs

Enrique Banchs sigue siendo ahora, como hace quince años el más puro de nuestros líricos. Y salto intencionalmente desde Lugones a Banchs porque durante los dos lustros que median entre la aparición de uno y otro no hay, a mi entender, ningún poeta que pueda compararse. Esto, es claro, no quiere decir que deban ser excluidos del intermedio, Ricardo Rojas, Angel de Estrada, Alberto Ghirardo, Manuel Ugarte y Eugenio Díaz Romero. Al contrario. De acuerdo con el criterio del doctor Noé, debieran estar junto a esos nombres los de Manuel Gálvez, Gustavo Carballo, Carlos Alberto Leumann, Ricardo Gutiérrez, Luis María Jordán y muchos otros, todos contemporáneos y mayores que Enrique Banchs. ¿Por qué Federico A. Gutiérrez, que publicó su primer libro en 1902, ha de figurar en la segunda parte y Edmundo Montagne, que adelantó sus *Frases Rítmicas* en 1900, en la tercera? Como se ve, el criterio de ordenar a los poetas por la fecha de publicación de sus libros resulta tan falaz como el de agruparlos por las edades que confiesan... Por lo demás muchos han atrasado la publicación de sus libros por falta de editor y otros los adelantaron por costeárselos ellos mismos o sus amigos.

A Enrique Banchs le publicaron su primer libro *Las Barcas*, en 1907, cuando el poeta tenía solamente diecinueve años. Después él entregó a la imprenta hasta 1911: *El libro de los elogios*, *El Cascabel del Halcón* y *La Urna*. En 1911 publicó la *Oda a los padres de la patria* que figura en un número de la revista *Nosotros* y en 1915 anunció *El peplo escarlata* que no llegó a editarse. Desde entonces sólo publicó en periódicos y revistas algunos romances y

(1) Véase el REPERTORIO AMERICANO, número 1 del tomo XI.

muchos sonetos que nunca quiso reunir en volumen. Un acierto tan grande como la revelación de *Los Burrítos* habría sido, a mi juicio, la exhumación de la *Oda a los padres de la patria* una de las contadas poesías patrióticas que merece tomarse en cuenta al lado de las *Odas Seculares* de Lugones. Pero, de cualquier modo, Banchs está bien representado en la Antología. Claro que uno tiene sus preferencias en *El Cascabel* y en *La Urna*. Pero no es cuestión de acotarlas a propósito de cada selección. Con todo, era el caso de mostrar en la *Antología* algunos otros matices de la personalidad de Banchs. Desde cualquier cuadro realista de *Las Barcas* hasta los romances del Buenos Aires colonial, sin olvidar las canciones infantiles. En todos esos géneros Banchs ha sido entre nosotros un precursor. Evaristo Carriego, Pedro Mario Delheye, Conrado Nalé Roxlo, Pedro Juan Vignale y Roberto Ledesma han seguido sus huellas más de una vez.

Los poetas que cantan

Después del silencio de Banchs, tan explicable y significativo en nuestra literatura como el de Rimbaud en la francesa del siglo pasado, aparece una nueva pléyade de poetas. Son los que cantan. Prefiero esta denominación, tan de acuerdo con el *leit motiv* de mi artículo, a la cronológica seguida por el señor Noé. Respeto, como el que más, su criterio; pero me parece insostenible. Los poetas, como dijo D'Annunzio, no tienen edad. Y esta *Antología* se encarga de confirmarlo muchas veces. Galindez que presentó el primer libro de su colega Bufano, figura en la cuarta parte y este último en la tercera. Ricardo Güiraldes que nació en 1886—dos años antes que Banchs—aparece justamente entre los más jóvenes. En cambio, Ezequiel Martínez Estrada, que nació en 1895, figura en la tercera parte, tal vez porque es hasta ahora un poeta claro y distinto y no ha fundado una revista de sensibilidad neo-filosófica... Es, sobre todo por este ejemplo y por varios otros que no cito, que me parece insostenible el criterio de escuelas y generaciones. En todo caso, si algunas fechas se hacen imprescindibles son las que señalan los poetas con sus propias obras. *Los crepúsculos del jardín* es una fecha en la poesía argentina. Otra fecha es *El cascabel del halcón* y una tercera, tal vez, *Intermedio provinciano* o *Ciudad*.

Fernández Moreno

De todos los poetas que han aparecido después de Lugones y Banchs, Fernández Moreno es el que alcanzó una repercusión mayor. Es fácil advertir su influencia en los versos de muchos poetas maduros y jóvenes. Y si es cierto que su último libro ha hecho olvidar al colector algunas notas características de *Ciudad* y *Campo argentino*, es necesario confesar que en la copiosa labor de Fernández Moreno no siempre es fácil distinguir el trigo de la paja, como

se dice vulgarmente. De ahí también que muchos se nieguen a reconocer en él a un gran poeta. Sin embargo, con estar ausentes algunos de sus poemas más personales, Fernández Moreno hace honor a la Antología y algunas de las composiciones elegidas son de las mejores que escribió el poeta. Lástima grande la caída de los tres últimos dísticos en la intitulada *Una estrella*.

Rafael Alberto Arrieta

Es otro de los poetas que tiene significación propia. Ha traído además a nuestra poesía, tan influida por los poetas franceses, el eco de la lírica anglosajona. Sus lieder de *Las Noches de Oro* y sus alegrías de *Fugacidad* lo distinguen como un temperamento profundamente musical, con esa melodía que es sólo de la idea, muchas veces, según Rubén Darío. Arrieta está bien representado en la *Antología*. Figuran en efecto sus composiciones más celebradas. Sin embargo, falta para revelar del todo su personalidad alguna que otra nota de paisaje, como aquel *Crepúsculo* de *Las Noches de Oro* y alguna composición de las últimas de *Fugacidad*, las más representativas de Arrieta.

Arturo Capdevila

De este poeta que ha traído a nuestra poesía la nota bíblica, ya evocativa, ya profética o lamentable, echo de menos el *Baltasar* de *La Fiesta del mundo* y algunas canciones y églogas de *El poema de Nenúfar*, su mejor libro. Aunque los últimos poemas de Capdevila son discutibles, su obra anterior le asegura un puesto prominente entre todos los poetas argentinos.

Luis L. Franco

Un paisajista perfecto y un inspirado poeta de la tierra representa el autor de *La Flauta de Caña* y del *Libro del Gay Vivir* en las pocas poesías que Noé le trascribe. Lástima grande que no figuren sus *Mozas de Cantaro*, una de las composiciones más nobles de la poesía castellana.

José Pedroni

Es de los recién llegados. Pero su último libro, *Gracia Plena*, lo ha colocado a la cabeza de los jóvenes poetas argentinos. Es de lamentar que Noé no le haya concedido más espacio que a Rohde y sobre todo que haya incluido en su selección un soneto muy flojo del primer libro. Hay en *La Gota de agua*, empezando por la dedicatoria, composiciones muy superiores.

Otros poetas que cantan con toda la voz que tienen, son: Alfonsina Storni, Rosa García Costa, Pedro Miguel Obligado, Tomás Allende Irigorri, Ernesto Mario Barreda, Fernán Félix de Amador, Juan Pedro Calou, Conrado Nalé Roxlo, Oliverio Girondo, Córdova Iturburu, Leopoldo Marechal, López Merino, Jorge Luis Borges, José Tallon, Luis Cané, etc. etc. Cito al azar y sin

ningún orden. Imposible nombrar a todos y menos juzgar las selecciones que de sus obras ha hecho el doctor Noé. Lo cierto es que todos aparecen con su grande o pequeña personalidad y que en conjunto forman el exponente de la poesía argentina de los últimos veinticinco años, hasta con sus estridencias de jazz band. En esto el señor Noé ha sido muy ecléctico y su relativa imparcialidad debe aplaudirse.

Conclusión

Pensaba agregar aun dos capítulos, uno sobre las erratas y notas bibliográficas y otro sobre los poetas que juegan (los hay de la vieja y nueva generación). Pero quede eso para otra oportunidad, lo mismo que la lista de los que abultan inútilmente la Antología. No quiero reprocharle a Noé los defectos inherentes a esta clase de publicaciones y menos la generosidad que tuvo con sus amigos. Ya sé que es fácil demostrarle que Nicolás Coronado es más poeta que Octavio Pinto y mi amigo Arturo S. Mom, menos uruguayo que Amorim. Pero quién es capaz de prescindir del criterio subjetivo y de las amistades. Eso sí: me parece muy poco galante de parte del caballero Noé que tras de incluir a tanto poeta cuyas poesías estoy seguro él no ha escogido espontáneamente, haya excluido a varias poetisas y olvidado a Bernabé de La Orga, un digno hermano de Franco y Fernández Moreno. Hay todavía otras exclusiones lamentables; pero es imposible hacer una Antología con la precisión de un cronómetro. De cualquier modo, la *Antología* de Noé, tal cual es, con todo sus defectos, representa un gran esfuerzo que, lejos de merecer censuras, requiere perfeccionamiento. Que los censores y críticos de ocasión afronten la tarea de hacer una mejor. Mientras ésta no sea superada, creo que los poetas incluidos en ella le deben a Noé un gran banquete que podría hacerse con motivo de su anunciado libro sobre la poesía argentina. Allá al final, los bardos pueden, si les queda voz, entonar la antigua canción infantil.

En el Arca de Noé
todos caben, todos caben,
en el Arca de Noé
todos caben y yo también.

Pero por Dios que no salga un humorista tan humorista como mi amigo Arturo Cancela a descubrir que en esto también hay una ironía escondida. Lo niego rotundamente. Yo no he querido sino evocar la pura canción de la infancia en homenaje al libro de las canciones argentinas.

SAMUEL GLUSBERG

S/c. Rivera Indarte, 1030.
Buenos Aires, Rep. Argentina.

Suscribase al REPERTORIO AMERICANO
y recomiéndelo a sus amigos.